EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LAS
DOS MADRES,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. MIGUEL PASTORFIDO.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°

1873.

LAS DOS MADRES.

LAS DOS MADRES,

DRAMA

EN CINCO ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON MIGUEL PASTORFIDO.

Representado en Madrid en el Teatro de Novedades, á beneficio de la primera actriz Doña María Rodriguez, y en Granada en el nuevo de Isabel la Católica.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1876.

PERSONAJES.	ACTORES. MADRID.	GRANADA.
MARÍA.........	D.ª MARÍA RODRIGUEZ.	D.ª CÁNDIDA DARDALLA.
LOLA..........	D.ª JOSEFA RIZO.	D.ª CONCEPCION MUSO.
LUIS............	D. JOSÉ ORTIZ.	D. ANTONIO ZAMORA.
PASCUAL......	D. B. CHAS DE LAMOTTE.	D. JOSÉ M. DARDALLA.
D. JUAN........	D. ANTONIO VIVANCOS.	D. MANUEL MENDEZ.
CÁRLOS........	D. JOSÉ GONZALEZ.	D. ÁNGEL MEDEL.
EL DOCTOR SEPÚLVEDA.	D. JOSÉ RICA.	D. RAMON MEDEL.
FRANCISCO..	D. CEFERINO HERNZ.	D. JOSÉ F. GUERRERO.
UN CRIADO. (No habla.)		

La accion se supone en nuestros dias. Los tres primeros actos en Madrid, el cuarto en Leganés, y el quinto en Chamberí.

El pensamiento de esta obra está tomado de la escrita en italiano con el título de *María Giovanna.*

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 28 *de Octubre de* 1862.

El Censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

AL SR. D. EMILIO PEREZ DEL PULGAR

EN MEMORIA

del orígen de nuestra buena amistad,

Miguel Pastorfido.

1er apunte José Vivanco

-1903-



ACTO PRIMERO.

Habitacion de Luis, pobre, aunque aseada. Dos puertas á cada lado: una cómoda en el fondo, á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, con la labor en la mano, vencida por el sueño: poco despues PASCUAL.

MARIA. (Despertando.)
Han llamado? Ese rumor!...
(Despues de escuchar.)
Me dormí... Ya es muy de dia,
gran Dios! y yo todavía
sin concluir mi labor!
Es preciso que me den
algun dinero, y que... Ah!
(Viendo entrar á Pascual.)
PASC. Buenos dias, Luis!...—No está?
MARIA. No.
PASC. Que usted lo pase bien.
MARIA. Don Pascual?...
PASC. Vuelvo.
MARIA. Es preciso
que hable con usted.
PASC. Señora...

Pues no puede ser ahora,
porque tengo un compromiso...

MARIA. Pero...

PASC. Y yo soy muy formal.

MARIA. Ruego á usted que tome asiento.

PASC. (Malo!)

MARIA. Es cuestion de un momento;
escuche usted, don Pascual.

(Pascual se sienta: María se pone á coser muy de prisa, y no interrumpe su labor, ni aun cuando lo exija el diálogo.)

PASC. (Si espera que me acobarde...)

MARIA. Mi marido es desgraciado.

PASC. Justo!... Como se ha casado...
Yo le conocí muy tarde.

MARIA. Eh?

PASC. La culpa no fué mia.
Si hubiera llegado á ver
á mi amigo ántes de hacer
semejante tontería...
ántes de hacer grave el mal
prendiéndose en esa red,
no se casa con usted:
mejor se tira al canal.

MARIA. Caballero!...

PASC. Fué un desliz...
Cualquiera tiene un descuido.

MARIA. Caballero, mi marido
era honrado, era feliz.
Le conoció á usted...

PASC. Y bien?
Qué hace Luis? Nada de nuevo.
Que bebe... Yo tambien bebo:
que es jugador... yo tambien.

MARIA. Ah!

PASC. Son cosas de la edad.

MARIA. Él, siguiendo sus consejos...

PASC. Pues! Cuando seamos viejos
tendremos formalidad.

MARIA. Don Pascual, usted ignora
que esa conducta es impía?

PASC. Pues si somos todavía

unos chiquillos, señora!
Él treinta años...

MARIA. (Pero á quién
no irrita tanta insolencia?)

PASC. Nada, tenga usted paciencia,
y... que usted lo pase bien.

MARIA. Es preciso que le hable,
y le hablaré á usted.

PASC. Sí; pero
ya he dicho que...

MARIA. Caballero!...
es usted un miserable!

PASC. (Mi paciencia está en un tris.)

MARIA. Un hombre indigno...

PASC. Señora...
me insulta usted!...

MARIA. En tan mal hora
le ha conocido á usted Luis!
Ántes fué bueno, leal,
un buen padre, un buen marido...
Pero usted le ha envilecido:
usted la ha hecho su igual.
Que cumpla con su deber
inútilmente le exijo:
no se acuerda de su hijo,
ha olvidado á su mujer.

PASC. ¡Señora!...

MARIA. Él se ha labrado
la ruina, y lo que es peor
todavía, el deshonor;
sí, porque está deshonrado.
Le envileció usted de un modo!...

PASC. Mil gracias por la merced.

MARIA. Usted, sí señor, usted
tiene la culpa de todo.

PASC. Exagera usted quizás.

MARIA. (Con ira creciente.)
Usted mi casa atropella.

PASC. Señora!...

MARIA. Salga usted de ella
para no volver jamás.

PASC. Señora, usted se propasa,

y eso es ponerme en un tris.
Volveré cuando esté Luis,
que es el amo de la casa.

MARIA. Sí; pero yo tambien soy...

ASC. Sé lo que tengo que hacer.

ESCENA II.

DICHOS, LUIS.

LUIS. Qué hay?...

PASC. Nada, que tu mujer
me despide, y que me voy.

LUIS. Es posible?

PASC. Sí, á fe mia.

LUIS. Echarle de casa!... Digo!
Á Pascual!... Mi único amigo.
Te has vuelto loca, María?
Vamos, qué ha pasado? Di.

PASC. En resúmen, nada.

LUIS. Pero
por qué?...

MARIA. Porque yo no quiero,
no puedo vivir así.
Esto es insufrible, es...

LUIS. Por vida de!... Pues no llora!...

PASC. Á los piés de usted, señora.

LUIS. Cómo! Te marchas?

PASC. Ya ves...
Ella me echa de tu casa...

LUIS. Quédate: no seas tonto.
Mi mujer tiene así, un pronto...
pero luégo se le pasa.

PASC. Bien claro lo dijo!

LUIS. Bien!...
Pero ya está arrepentida.

PASC. No sé...

LUIS. No es verdad, querida?
Si ella te aprecia tambien!
Mucho! Ayer, sin ir más lejos,
me decía sin empacho:
Pascual es un buen muchacho...

debes seguir sus consejos...

MARIA. Quién?... Yo?...

LUIS. No es justo que pierdas su amistad...

MARIA. Yo? Conque ayer decía yo?...

LUIS. Sí, mujer!... Sólo que ya no te acuerdas.

MARIA. No por cierto.

LUIS. Pues repito que lo dijiste.

MARIA. Corriente...

PASC. (Hum! Esa no cuela.)

MARIA. (Miente con un descaro inaudito.)

LUIS. (Esto es mentir con aplomo.)
No te parece oportuno
preparar el desayuno?
Ya es hora...

MARIA. Sí; pero cómo?...

LUIS. Cualquier cosa... Thé... Café...
yo nunca he sido exigente.

MARIA. Y con qué?...

LUIS. Eso es diferente...
Si tú no tienes con qué...

MARIA. No por cierto.

LUIS. Pues, señor, supon que no he dicho nada.

MARIA. Ya dí la última puntada.
Voy á vender mi labor.

LUIS. Sí, eh?... me alegro infinito;
porque así...

MARIA. Al instante salgo.

LUIS. Á ver si te traes algo;
porque tengo un apetito...

MARIA. Bien; pero ántes voy á ver
si duerme Adolfo. (Entra en un cuarto.)

ESCENA III.

PASCUAL, LUIS.

LUIS. Qué tal?
Qué te parece, Pascual?
Vale mucho mi mujer!
Se merece otro marido
ese perfecto dechado...
porque, chico, bien mirado,
lo que es yo soy un perdido.
PASC. No te conviene ese mote.
LUIS. Es un ángel mi María.
Te acuerdas tú de aquel dia
en que me jugué su dote?
Me costó más de un suspiro.
PASC. Eso á cualquiera le pasa.
LUIS. Aquel dia vine á casa
resuelto á pegarme un tiro.
PASC. De veras? Qué atrocidad!
LUIS. Pero como ella es tan buena,
comprendió mi oculta pena
y le dije... la verdad:
PASC. Cómo! Tuviste valor?
Se irritaría, de fijo.
LUIS. No. Qué importa eso, me dijo,
mientras conserve tu amor?
Es un ángel...
PASC. Qué demonio!
Tú serás feliz, corriente;
pero, chico, francamente,
yo... aborrezco el matrimonio.
LUIS. Hombre!
PASC. Á ser yo espectador
de la boda de mi padre,
no se casa con mi madre:
bajo palabra de honor.
LUIS. Mi mujer vale un Perú.
PASC. Pero tú no vales ménos.
Muchos se tienen por buenos,
y son peores que tú.

Luis. Peores?
Pasc. Sí: á no dudar.
Luis. Por ejemplo, tú.
Pasc. Quién? Yo?
Diantre!... No diré que no.
Luis. Somos un par... Vaya un par!

ESCENA IV.

DICHOS, MARÍA.

María. Falta el reposo le hacía.
Como está tan delicado...
Luis. ¡Mucho!
María. Qué noche ha pasado!
Yo creí que se moría.
Luis. Sí?
María. Qué noche tan cruel!
Luis. Me lo ocultaste imprudente.
María. He esperado inútilmente
que preguntases por él.
Luis. Y al fin recobró el sosiego?
Descansa ya?
María. Y si tú vieras
qué hermoso está así!...
Luis. De veras?
María. Ven y verás...
Luis. Ya iré luégo.
María. (Ah! No le ama!) Adios.
Luis. Á ver
si vuelves pronto.
María. (Con afable ironía.) Sí, en coche!

ESCENA V.

LUIS, PASCUAL.

Pasc. Y bien?... Dí... Qué hiciste anoche?
Luis. Yo? Lo de siempre: perder.
Y por equivocacion!
Por vida de!...
Pasc. Te alborotas?

LUIS. Pícaras sotas! Las sotas
han de ser mi perdicion.
¡Ya se ve! Yo iba al caballo:
vino la sota y abur!
Si no juego aquel albur,
hago mi suerte en el gallo.
Qué equivocacion la mia!
—En aquella trapisonda...
Jugar á la *vizcarronda*
dándose *contra-judía*!
Y no hay que decir que no;
pero yo perdí la hebra.
Me empeñé en ir á la quiebra,
y el que hizo quiebra fuí yo.
Se daba un juego tan franco,
que si yo no soy tan topo,
á las cinco tallas copo;
y, no hay remedio, desbanco.
Mas qué remedio! Es mi sino
el perder á troche y moche...
—El Zurdito nos dió anoche
catorce por un camino.
Figúrate tú si yo,
que no soy mandria ni tonto,
pesco el encarte, qué pronto
no le obligo á decir cló!
Lo malo es que entre esa gente
uno juega con empacho.
Tan pronto se da *muchacho*,
como se da *intermitente*.
Un entrés deja á uno rico
y otro hasta de vida falto.
Piensa uno ganar un *salto*
y le echan el *contra-mico*.
Pero á bien que ancha es Castilla.
Yo entiendo esa jerigonza,
y en cuanto tenga una onza
la juego de pelotilla.
Y salgo una vez de penas
como no me echen el pego.
Aunque hay allí cada griego,
que ni que fuera de Atenas!

Dios querrá que alguna vez
ceda mi suerte tirana.
Y que al fin yo no soy rana,
puesto que soy un buen pez!
Espero vencer de hoy más
á mi fortuna traidora.
Ah! Señor! ¡Un cuarto de hora!
Un cuarto de hora no más!

PASC. Pues hoy pongo yo en un brete
al banquero: hallé el secreto.

LUIS. Tú?

PASC. Si: esta tarde prometo
que me llevo hasta el tapete.
Nuestra suerte de ser mala
dejará prónto.

LUIS. Es posible.

PASC. Ya pesqué el juego infalible.
una nueva *Martin-gala.*

LUIS. De veras?

PASC. Hoy los despojo.
Jugaremos, y quién sabe...

LUIS. Y si nos echan la llave?

PASC. Les echamos el cerrojo!

LUIS. Con que no marra?

PASC. No tal.
Busca dinero.

LUIS. Sí; pero...

PASC. Nada, con poco dinero
hacemos un capital.

LUIS. Y cómo quieres que tenga?...

PASC. Por eso á buscarte vengo.

LUIS. Sí? Pues, chico, yo no tengo...

PASC. No?

LUIS. Ni de donde me venga.

PASC. Es que hace falta...

LUIS. Ya estoy.

PASC. Tú tienes...

LUIS. Qué he de tener!

PASC. Muebles...

LUIS. Si son de alquiler!

PAS. Ropa...

LUIS. Mira cómo voy!

Quien me vea en marzo así,
dudará de mi decoro.

PASC. Á ver... Tu reló que es de oro...
Por qué no lo vendes? Dí.

LUIS. Nunca.

PASC. Tal vez no le cuadre
á tu mujer... Ya se ve!...

LUIS. No es eso.

PASC. Entónces por qué?...

LUIS. Era el reló de mi padre.

PASC. Véndelo y sal del apuro.

LUIS. No... Yo ofender su memoria!...

PASC. Bah! Tu padre, que esté en gloria,
no se opondrá, de seguro.

LUIS. Pascual!

PASC. De esa inútil gala
despréndete sin pesar.
Tendremos para jugar
la infalible *Martin-gala*.
Veras!...

LUIS. Eso dicen varios.

PASC. Luis, que estamos en un tris!
Que estamos perdidos, Luis,
pudiendo ser millonarios!
Venga el reló.

LUIS. Mi reló!...

PASC. Eso no es ser un mal hijo.
Ademas, yo no te exijo
que lo vendas.

LUIS. Cómo?

PASC. No.
Oye. Hay una sociedad,
alivio de toda pena,
á la cual...—mira si es buena!—
llaman *Monte de piedad*.
Yo, que tu dicha procuro,
al monte lo llevaré;
y...

LUIS. No me atrevo...

PASC. Por qué?
allí le tienes seguro.

LUIS. Pascual!

PASC. Me harás sospechar
que te lo ha prohibido
tu mujer —Vaya un marido,
que se deja dominar!
LUIS. Yo?
PASC. Son los hombres más duchos
víctimas de las mujeres.
LUIS. Pascual!
PASC. Y como tú eres
un marido como hay muchos...
LUIS. No hay más ley que mi capricho
en esta casa.
PASC. Sí? Pues...
LUIS. Si no doy el reló... es
por lo que ántes te he dicho.
PASC. Porque tu mujer...
LUIS. No tal.
PASC. Pues siendo de esa manera,
qué razon?...
LUIS. Si yo quisiera...
PASC. Á que no quieres?
LUIS. Pascual!
PASC. Dámelo, pues.
LUIS. (Se lo doy?...)
PASC. Y seremos ricos.
LUIS. Sí?
PASC. Millonarios!
LUIS. Pero, dí:
estás seguro?...
PASC. Lo estoy.
LUIS. Si perdemos...
PASC. Imposible!
LUIS. (Tanto su juego celebra....)
PASC. Mi juego no tiene quiebra.
LUIS. De veras?
PASC. Es infalible!
fia en mí.
LUIS. (Dándole el reló.) Toma.
PASC. Bien, Luis!
LUIS. Con que...
PASC. Yo salgo garante
LUIS. Pero...

PASC. Adios!
LUIS. Vuelve al instante.
PASC. Bien.—Se ha salvado el país.

ESCENA VI.

LUIS.

Tiene una seguridad...
Quién sabe? Pascual no es tonto,
y tal vez... En fin, muy pronto
hemos de ver si es verdad.
Nada; si gano, *Laus Deo!*
Si no, *requiescat in pace*!
Voy á ver si Adolfo... Hace
tres dias que no le veo.
Como estoy siempre allí, fijo,
para ver si hago negocio,
no tengo un momento de ocio
que dedicar á mi hijo.
Voy á ver... Una baraja!
(Encontrándosela.)
Si yo no sé cómo juego...
No! Con ella me echó el pego
un jugador de ventaja.
Aquel hombre era especial,
de un ingenio extraordinario...
Voy á hacer un solitario
hasta que venga Pascual.

ESCENA VII.

LUIS, LOLA.

LOLA. Nadie... (Entrando sin que repare en ella Luis.)
LUIS. (El caballo! Mi carta!)
LOLA. (Ah! Sí.)
LUIS. (Él es!... La sota de oros!...)
LOLA. Doña María?...
LUIS. (Sin verla.) La infame
(Hablando en alta voz.)
tuvo la culpa de todo!

LOLA. Qué dice?
LUIS. (Viéndola.) Ah! (Levantándose.)
LOLA. Vive aquí
doña María Montoro?
LUIS. Mi señora.
LOLA. (Su señora?
Debe ser el mayordomo.)
LUIS. (Pues, señor, yo no recuerdo...
De fijo no la conozco.)
LOLA. Dígale usted á su ama
que está aquí una amiga.
LUIS. Cómo?...
LOLA. Una antigua compañera
de colegio.
LUIS. (Mi ama!...)
LOLA. Pronto!
LUIS. Señora, yo... (Ya se ve!
Como estoy de cualquier modo...)
LOLA. No está en casa?
LUIS. No: ha salido
hace un instante.
LOLA. Y su esposo?
LUIS. Su... (No me atrevo á decirle...)
LOLA. No está tampoco?
LUIS. Tampoco.
LOLA. Esperaré...
LUIS. (Es necesario
que yo conserve el anónimo...)
Si usted quiere entretenerse
en hojear un periódico... (Dándole uno.)
LOLA. (Qué fino es este criado!)
Bien.
LUIS. (Si no me voy, me expongo
á que vuelva mi mujer
y descubra... Qué sonrojo!)
Señora... (En fin, yo me voy
á ver cómo sigue Adolfo.)

ESCENA VIII.

LOLA.

Ansiando estoy que María
venga. Cuál va á ser su asombro,
su júbilo al encontrarme!
Nada sabe...—Pero noto...
Qué casa tan... Á ella nunca
le ha gustado darse tono...
Sin embargo, era muy rica
y su marido lo propio,
segun noticias, y un hombre
al mismo tiempo muy probo.
Lo que es ella me escribía
haciendo de él mis elogios.
Cuánto tarda!

ESCENA IX.

LOLA, MARÍA.

MARIA. Una señora!...
LOLA. Ella es... María! (Corriendo á abrazarla.)
MARIA. Cómo!
Lola! Qué sorpresa! Lola!
LOLA. Te he sorprendido?
MARIA. Y no poco!
Si lo veo y no lo creo!
LOLA. Ocho años sin vernos!...
MARIA. Ocho!
Desde que tú te casaste...
LOLA. Verdad...
MARIA. Te fuiste á Logroño...
LOLA. Al principio me escribías
muy á menudo; de pronto
dejé de tener noticias.
MARIA. Sí, ya ves, el matrimonio...
LOLA. Lo sé, nos da ocupaciones,
pero hay tiempo para todo.
MARIA. Mi hijo...

LOLA. Tienes un hijo?
MARIA. Sí.
LOLA. Yo tambien tengo otro.
Me parece ayer cuando éramos
unas niñas...
MARIA. Y hoy ya somos
madres!... Ay! Cuánto me acuerdo
de aquellos tiempos dichosos...
LOLA. Sí, cuando íbamos al Prado
y jugábamos al corro...
Cuántas diabluras hicimos
en el colegio!... Á propósito,
te acuerdas tú de aquel dia
que me pusieron el gorro
con las orejas de asno
y aquel maldecido rótulo...
MARIA. Es verdad...
LOLA. Cómo decía?
MARIA. *Por holgazana.*
LOLA. Eso. Y todo
porque dije que era Móstoles
una isla del mar Jónico.
MARIA. Cierto.
LOLA. Y te acuerdas del dia
que estuve en el calabozo
por dibujar... yo no sé...
—me parece que fué un oso,
que era un retrato exactísimo
del infeliz don Crisóstomo,
nuestro profesor de historia...
aquel pobre pedagogo...
MARIA. Si tú eras lo más traviesa!...
LOLA. Tenía un genio diabólico!
MARIA. En efecto...
LOLA. Pero dime:
y tu marido?...
MARIA. Supongo
que le habrás visto aquí?
LOLA. No.
MARIA. No está en casa? Qué abandono!
Dejar así á nuestro hijo!
LOLA. No: está allí tu mayordomo...

MARIA. Qué dices?

LOLA. Me ha recibido...

MARIA. Te engañas, Lola: nosotros
no tenemos servidumbre...
Vivimos él y yo solos.

LOLA. Es posible?

MARIA. Como lo oyes.

LOLA. Entónces será tu esposo
ese jóven alto, pálido,
que me recibió hace poco?

MARIA. Sin duda.

LOLA. Creí... dispensa...

MARIA. Por qué? Comprendo tu asombro...
Tú no sabes... Mi marido
era... agente de negocios...
le salió uno mal, y el pobre...

LOLA. Qué lástima!

MARIA. Pero somos
muy felices!... Él me quiere,
y yo... es natural, le adoro.
Dí, y el tuyo?

LOLA. El mio ha muerto.

MARIA. Era, si no me equivoco,
un título?

LOLA. Ciertamente.
El Conde de Valle-hondo.
Yo era jóven y sin rentas,
él anciano y poderoso.
Tú ya sabes lo que el mundo
piensa de estos matrimonios.
Por eso y porque tenia
puesto mi cariño en otro...
—Mi primo Cárlos Mendoza.
Sabes que me hacía cocos
cuando yo era todavia
una niña y él un pollo...
—Rehusé la boda: mi padre
se empeñó, y punto redondo.
Al principio yo creía
que iba á vivir en un potro;
pero me engañaba, el conde
no era impertinente, incómodo...

Al contrario, fué un amigo
leal, tierno, cariñoso,
tanto, que me hizo olvidar
sus años, que no eran pocos.
Murió; y al mes nació Victor.
—Qué hacíamos en Logroño?
Dimos la vuelta á la córte.
Nunca la diéramos!

MARIA. Cómo?

LOLA. Víctor cayó enfermo: un médico,
antiguo amigo de Próspero,
mi difunto esposo, y hombre
segun afirman muy docto,
dijo que este clima le era
altamente pernicioso,
y que debía salir
de Madrid todo lo pronto
posible.—Yo no podía
ir con él de ningun modo,
por un pleito que me sigue
la familia de mi esposo.
Se buscó para mi hijo
una nodriza á propósito,
y fué trasladado á un punto
de la Alcarria, un pueblo próximo,
donde está hace ya dos meses.
Dos! Y yo aquí! No respondo
de mi calma: el mejor dia
abandonándolo todo,
voy á abrazar á mi hijo,
que es mi único tesoro.

MARIA. Y qué edad tiene?

LOLA. Once meses.

MARIA. De veras? La de mi Adolfo.
—Tambien está enfermo.

LOLA. Sí?
Haz lo que yo, me conformo.

MARIA. Y lo más raro es que el médico
ha recetado lo propio:
que se le envie á la Alcarria...

LOLA. Es posible! Y tú...

MARIA. Me opongo.

LOLA. Por qué?
MARIA. (Si yo me atreviera...
Ella tiene muy buen fondo...
Tal vez pudiera salvarle...
Pero, qué digo?... El decoro
de Luis exige que calle...
Ademas, con mis ahorros...)
LOLA. (Sacando su reló.)
Las doce... Me está esperando
mi abogado... Qué enfadoso
es litigar!... Conque adios.
Que vayas á verme pronto.
Plaza del Progreso... tengo
un entresuelo muy mono,
ya verás, con fuente y baño
y un jardin donde hay un kiosco.
Que no olvides... Por las noches
vá allí algun amigo que otro
y se pasa el rato bien.
Puedes ir de cualquier modo...
Nada de lujo...
MARIA. (Sí, lujo!...)
LOLA. No te vayas á dar tono...
Conque hasta la vista...
MARIA. (Besándose.) Adios...
LOLA Hasta mañana...

ESCENA X.

MARÍA.

Qué cómodo
es tener dinero. . Ella
salva á su hijo; y yo ignoro
todavía... Voy á hacer
mi cuotidiano depósito.
(Haciendo sonar la plata al contar los duros.)
Diez... veinte... Oh! Si lo supiera
Luis, se pondría furioso...
(Los esconde dentro de un pañuelo y cierra la cómoda.)
Son para mi hijo... Así

le busco nodriza, y logro
salvarle.

1.ª H.ᵈˢ

ESCENA XI.

MARÍA, LUIS.

LUIS. (No está Pascual!
Él que siempre anda tan listo...)
MARÍA. Has visto á Adolfo?
LUIS. Le he visto.
(Ya no tardará...)
MARÍA. Y qué tal
le encuentras hoy? Peor?
LUIS. No.
MARÍA. Mucho me temo...
LUIS. Deliras!
Yo no veo...
MARÍA. Es que le miras
con otros ojos que yo.
LUIS. Ya! Porque yo no me aflijo
como tú, ni es menester;
me quieres dar á entender
que no quiero á nuestro hijo?
MARÍA. Pero...
LUIS. Nada!... Que blasonas
de quererle más.
MARÍA. No es eso.
Ya sé que tú... En fin, confieso
que hice mal. Dí, ¿me perdonas?
LUIS. (Pero señor!...) (Sin hacerle caso.)
MARÍA. Te importuno?
LUIS. (Dónde estará ese tunante?)
MARÍA. Mira, voy en un instante
á arreglarte el desayuno.
Quieres?
LUIS. Ya se ve que quiero.
MARÍA. Pero me has de prometer
una cosa.
LUIS. Dí, mujer.
MARÍA. No volver á jugar.
LUIS. Pero...

MARIA. Yo olvidaré tus deslices:
olvida tú esas quimeras...
Mira, Luis... Como tú quieras,
aún podemos ser felices.
Como un tiempo lo hemos sido!
El amor que encierra mi alma
puede volverte la calma,
la ventura que has perdido.
Ese eterno malestar,
ese hastío, ese tormento,
qué es, sino el remordimiento,
que te acosa sin cesar?
Ciego estás; pero mi amor,
que sólo tu bien procura,
te guiará á la ventura
por la senda del honor.

LUIS. María, sé que te aflijo
y que á veces soy injusto...

MARIA. Luis!... (Con ternura.)

LUIS. Que te dí algun disgusto...

MARIA. No me diste en cambio un hijo?

LUIS. Sí, y comprendo, esposa mia,
que él nuestra ventura labra.

MARIA. Conque me das tu palabra?...

LUIS. Sí, te la doy.

MARIA. Luis!

LUIS. María!
No abrigues temor alguno.

MARIA. Si vieras qué feliz me haces!
Oh!

LUIS. Despues de hacer las paces,
qué bien sienta el desayuno!

MARIA. Sí, eh?... Voy á preparar...
(Comprendió al fin su deber.) (Váse.)

ESCENA XII.

LUIS.

Tiene razon mi mujer:
no me conviene jugar.
—Pero hoy Pascual me convida

á un golpe seguro, y... nada!
En haciendo esta jugada,
no juego más en mi vida!
Cuánto tarda Pascual!

ESCENA XIII.

PASCUAL, LUIS.

PASC. Luis!...
LUIS. Gracias á Dios que consigo
verte por fin!
PASC. Cuando digo
que se ha salvado el pais!
Toma. (Dándole un billete.)
Y en marcha. Valor!
Como te guies por mí,
hoy sales de apuros.
LUIS. Sí?
PASC. Bajo palabra de honor.
LUIS. Lo pinta de una manera...
PASC. Ya será la una.
LUIS (Haciendo ademan de salir.) Corriente...
PASC. Á esa hora precisamente
se sienta la cabecera.
Ya verás... Monda y lironda
la dejamos hoy.
LUIS. Confías?...
PASC. Chico, nada de judías,
ni mayor, ni vizcarronda.
Sigue tú mi juego.
LUIS. Pues!
PASC. Y no será empresa vana.

ESCENA XIV.

DICHOS, MARÍA.

MARIA. Luis, ya está...
LUIS. No tengo gana:
guárdalo para despues.
MARIA. Cómo?

LUIS. Adios.
MARIA. Pero te vas?
LUIS. Sí: me voy...
PASC. Es necesario!
LUIS. Seré rico!...
PASC. Millonario!
Ya verá usted!
LUIS. Ya verás!
MARIA. Pero dí, qué te propones?
LUIS. Darle seis golpes. (Enseñando el billete.)
PASC. Seguros.
LUIS. Se acabaron los apuros!
PASC. Huyeron las privaciones!
MARIA. Pero...
LUIS. Con este billete
voy á desbancar.
MARIA. Qué dices?
PASC. Hoy vamos á ser felices!
LUIS. Hoy me traigo hasta el tapete!

ESCENA XV.

MARIA.

Dios mio! En vano procuro
apartar á Luis del mal.
En vano! Ese hombre fatal
le va á perder, de seguro.

ESCENA XVI.

MARIA, D. JUAN.

JUAN. Á los piés de usted, señora.
MARIA. Quién?... Ah! Don Juan...
JUAN. Y el enfermo?
MARIA. Peor.
JUAN. Es claro!
MARIA. Esta noche
no ha descansado un momento.
JUAN. Usted se empeña en matarle.
MARIA. Yo? Dios mio!

JUAN. Desde luégo.
Usted no quiere seguir
las prescripciones del médico!
De manera que es en vano...

MARIA. Pase usted... (Señalando al cuarto de su

JUAN. Para qué?

MARIA. Pero ..

JUAN. Es inútil que le vea.

MARIA. Don Juan!

JUAN. Ese niño...—Siento
decírselo á usted, señora;
pero no tiene remedio.
Se muere, si usted se obstina
en no seguir mis consejos.

MARIA. Ah, don Juan!...

JUAN. Usted consiente
en buscarle, á cualquier precio,
una nodriza?

MARIA. Al instante!
Hoy mismo veré si encuentro...

JUAN. Eso no basta: es preciso
que se le traslade á un pueblo
de un clima más saludable
que el de Madrid: por ejemplo...
á la Alcarria. Allí, en diez dias,
y quizás tambien en ménos,
se pone bueno, señora.

MARIA. Sí?

JUAN. Completamente bueno.
Conque se decide usted?

MARIA. Yo?...—Pero no hay otro medio?

JUAN. Usted quiere que su hijo
viva? Sí ó no?

MARIA. Que si quiero!
Preguntarle eso á una madre!
Don Juan! ~~Don Juan!~~ Yo le ruego [¡por Dios!]
que salve usted á mi hijo.
Él es mi único consuelo!
Si se muere... Oh! Si se muere,
no lo dude usted, me muero.

JUAN. Pues ceda usted.

MARIA. Imposible.

JUAN. Pero... por qué?
MARIA. Porque...
JUAN. Hablemos
con franqueza.—Yo, señora,
aunque dicen que los médicos
nó sentimos, la verdad...
soy muy sensible; y confieso
que la desgracia de usted
me ha conmovido en extremo.
MARIA. Oh! Gracias!
JUAN. (Que no sospeche
que es un lazo que le tiendo...)
Sí, señora; usted me inspira
un vivo interés; y quiero
que me hable usted con franqueza.
MARIA. Don Juan!...
JUAN. Nada de rodeos.
Usted obedecería
ciegamente mis preceptos,
si no fuera por la falta
de recursos.
MARIA. Ah!
JUAN. No es cierto?
Pues bien, yo seria el hombre
más feliz del universo,
siempre que usted se dignara
disponer de cuanto tengo.
MARIA. Será posible?
JUAN. (Ya es mia.)
MARIA. Don Juan, yo no sé si debo...
JUAN. Con franqueza!
MARIA. Ni sé cómo
expresarle á usted mi afecto,
mi gratitud...
JUAN. Aceptando
la oferta.
MARIA. Pues bien, acepto.
JUAN. Conque hoy... (Cayó en el lazo.)
MARIA. Si usted quiere, hoy nos iremos ..
JUAN. Cómo! Piensa usted seguir
á su hijo?
MARIA. Por supuesto.

Yo abandonarle!

JUAN. Señora...

MARIA. Imposible!

JUAN. (Otra te pego!)
Quédese usted.—Francamente,
si usted está allí, confieso
que no podré obrar con toda
la libertad que deseo,
que es necesaria: las madres
sirven de estorbo á los médicos:
como son tan caprichosas...

MARIA. Pero...

JUAN. Nada, le aconsejo...

MARIA. Separarme de mi hijo!...
Oh! Nunca!

JUAN. (Malo!)

MARIA. No puedo
abandonarle, Dios mio!
No sé qué presentimiento,
no sé qué voz interior
me dice que si le dejo.
ha de ser para perderle.

JUAN. Se niega usted?

MARIA. Sí, me niego.

JUAN. En ese caso, no es justo
molestarla á usted más tiempo.

MARIA. Don Juan!

JUAN. Mi presencia aquí
es innecesaria.

MARIA. Pero...

JUAN. Á los piés de usted, señora.

MARIA. (Ah!)

JUAN. (Me valdré de otros medios.) (Váse.)

ESCENA XVII.

MARIA.

Señor!... Debo separarme
de mi hijo?.. No...—Yo siento,
sin embargo, al estrecharle
mil veces contra mi pecho,

que un sudor frio circula
por todas mis venas... Tiemblo!...
Sé que en vez de darle vida
le voy á dar un veneno.
Sí, sí: es preciso que busque
una nodriza al momento.
Pero separarme de él!...
No, no: ni quiero ni puedo.
(Entra en el cuarto de su hijo.)

ESCENA XVIII.

PASCUAL, LUIS.

LUIS. Por vida del rey de bastos!
Y decías que tu juego
era infalible!

PASC. Y lo digo,
y lo afirmo y lo sostengo...

LUIS. Muy bien! Pero el caso es
que hemos perdido el dinero.

PASC. No sé cómo... Juraría
que nos han echado el pego.

LUIS. Ira de Dios! Perder siempre!

PASC. Y ahora qué hacemos?

LUIS. Qué hacemos?
Luchar... buscar el desquite.

PASC. Justo! Pero, con qué medios?
Cómo?

LUIS. Cómo? Voy á ver
(Dirigiéndose á la cómoda.)
si por casualidad tengo...
—Está cerrado... Y la llave?

PASC. Tu mujer la tendrá.

LUIS. Pero...

PASC. Como que ella aquí es el ama...

LUIS. Mientes! Aquí no hay más dueño
que yo. (Forzando la cerradura)

PASC. Bien!

LUIS. Un brazalete...
(Dejándolo: Pascual le toma.)

PASC. Eh?... Cobre puro! (Tirándolo tambien.)

LUIS. Un pañuelo...

(El mismo juego.)

PASC. Trapos... Nada de esto sirve.

(Arrojándolo al suelo: al caer suena el dinero.)

A ver... *Conquibus* tenemos!
Bravísimo!

(Recogiendo el pañuelo y hallando el dinero.)

LUIS. Y mi mujer
me ocultaba ese dinero!

PASC. Las mujeres siempre tienen
algo oculto.

LUIS. Hace un momento
me sorprendió...

PASC. Las mujeres
nos ponen siempre defectos.

LUIS. Me habló de honor!, de ventura...

PASC. Las mujeres hablan de eso...

LUIS. Y hasta lloró!

PASC. Las mujeres
tienen los ojos muy tiernos.

LUIS. Y yo me conmoví!

PASC. Claro!
Tú eres un manso cordero!

LUIS. Yo le haré ver...

PASC. Nada, vámonos:
deja el sermon para luégo.

LUIS. Vamos.

ESCENA XIX.

DICHOS, MARÍA.

MARÍA. Luis...

LUIS. (Ella...)

PASC. (En mal hora...)

MARÍA. Escucha...

LUIS. No puede ser.

PASC. (Vamos.) (Ap. á Luis.)

MARÍA. Luis!

LUIS. Tengo que hacer.

MARÍA. Ah! Te vas?

LUIS. Adios, señora.

MARIA. Otra vez! Quién de ese modo
te transformó?
LUIS. No te asombre.
MARIA. Ya lo comprendo. Ese hombre
tiene la culpa de todo. (Señalando á Pascua
PASC. Vamos? (Ap. á Luis.)
MARIA. Es tu perdicion!
PASC. Yo? Un amigo verdadero...
LUIS. Que nada me oculta.
MARIA. Pero...
LUIS. Y que no me hace traicion.
No es cual la mujer, que engaña
llorando...
PASC. (Me hace justicia.)
LUIS. Con una mano acaricia,
pero con la otra araña.
MARIA. Qué quieres decir? No sé...
PASC. Vámonos. (Ap. á Luis.)
MARIA. Saber anhelo...
LUIS. Adios.
MARIA. En nombre del cielo!...
Explícate.
LUIS. Para qué?
MARIA. No comprendo tus enojos...
Habla.
PASC. (Logrará que ceda...)
MARIA. Habla, Luis, para que pueda
justificarme á tus ojos.
LUIS. Pero... (Vacilando.)
PASC. (Ap. á Luis.) Tu paciencia es harta.
Darle una satisfaccion!
Para qué?
LUIS. (Á Pascual.) Tienes razon.
PASC. Vamos.
LUIS. Vamos.
MARIA. Luis!
LUIS. Aparta.

ESCENA XX.

MARIA.

Yo que recobrar creí
su antiguo amor, su ternura...
Cómo ha de ser! La ventura
no se ha hecho para mí.
Me abandona... Hoy el pesar
en mí se ceba cruel.
Hasta mi hijo, hasta él
me tiene que abandonar!
Qué hacer? De mi estéril seno
le separo dolorida,
porque en vez de darle vida
sé que le doy un veneno.
Ay! Para poderle dar
una nodriza, hace hoy
un mes entero que estoy
trabajando sin cesar.
Nadie mi tesoro vió...
Allí le tengo escondido.
Si Luis lo hubiera sabido,
ya no estaría allí, no, (Acercándose á la cómoda.)
—Mas qué veo!... Quién ha osado?...
—La cerradura forzada!... (Registrando.)
Á ver... Nada! Aquí no hay nada!
Me han robado! Me han robado!
—Hijo!... Vas á morir, sí!
Vano fué mi afan profundo!
Mas no!—Aún hay en el mundo
un asilo para tí.
Yo darte ese amparo ansío,
que la caridad te cede;
porque tu madre no puede
alimentarte, hijo mio!
—Dejarte morir... jamás!
—Valor, Dios mio! Valor!
Yo moriré de dolor;
pero tú... tú vivirás.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Decoracion de calle.

ESCENA PRIMERA.

LOLA, D. JUAN.

LOLA. Espere usted, doctor.
JUAN. Cómo?
LOLA. Creo haber visto á una amiga...
No cabe duda, era ella.
Estaba junto á esa esquina
con un niño en brazos, pálida
como la muerte! La iba
á hablar; pero, no sé cómo,
desapareció en seguida.
JUAN. Pues yo, francamente, nada
observé.
LOLA. ¿Qué significa
esa casa?
JUAN. Esa es la Inclusa...
LOLA. Ah! Sí.
JUAN. Donde depositan
ciertas madres á sus hijos.
LOLA. Que haya madres tan impías!
JUAN. Muchas veces la miseria...
LOLA. Ni aun de ese modo se explica...

Pero vamos, doctor, vamos.
Á ver si al fin hay noticias
de mi hijo. Hace ya tiempo
que no sé nada.

JUAN. Dos dias.

LOLA. Y le parece á usted poco?

JUAN. Esa zozobra contínua...

LOLA. Temo y deseo volver
á casa... Como me digan
que no hay carta, parto hoy mismo.

JUAN. Pues fuera una tontería!

LOLA. Quiero abrazar á mi hijo.

JUAN. Él vendrá... esté usted tranquila.

LOLA. Pero... qué! Sabe usted algo?

JUAN. Señora!...

LOLA. Hable usted.

JUAN. Quería
poder darle una sorpresa;
pero ya que usted me obliga...
Tuve ayer carta.

LOLA. Qué dice?

JUAN. Que sigue la mejoría.
Y pronto... tal vez mañana
volverá con la nodriza.

LOLA. De veras!

JUAN. Así lo espero.

LOLA. Me va á matar la alegría!
Verle ya restablecido!...

JUAN. No faltará quien se aflija.

LOLA. Es posible?

JUAN. Vaya!...

LOLA. Y quién?...

JUAN. Quién ha de ser?... La familia
del conde.

LOLA. Ah!

JUAN. Y se comprende.
Ese muchacho les quita
la herencia.

LOLA. Pero por eso...

JUAN. Claro! Como que la arruina,
al paso que la hace á usted
rica, inmensamente rica.

LOLA. Qué me importa á mí la herencia?...
JUAN. (Á mí sí.)
LOLA. Cuando daría
mil veces más por salvarle!
Lo que yo quiero es que él viva.
JUAN. Oh! Pues vivirá.
LOLA. De veras?
JUAN. Claro está!... (Si resucita.)
He llegado á interesarme
por ese niño...
LOLA. Se explica...
Como médico...
JUAN. Ademas,
como ha de llegar el dia
en que he de llamarle hijo.
LOLA. Doctor!...
JUAN. No aspiro á otra dicha.
La última voluntad
del conde fué bien explícita.
LOLA. Doctor!...
JUAN. Ademas, usted
ha prometido ser mia
si logro...
LOLA. Doctor!
JUAN. (Qué gesto
hizo al tragarse la píldora!)
LOLA. Vamos?
JUAN. (Mirando el reló.) Sí. (Las cinco y media!
Dentro de poco es la cita.) (Vánse.)

ESCENA II.

LUIS, PASCUAL.

LUIS. (Bebido.) Pues, señor, es mucho cuento!
ó son ellas, ó es mi vista...
PASC. Pero qué?...
LUIS. No lo estás viendo?
Que hoy han dado en la manía
las casas de ir dando vueltas...
No ves, no ves cómo giran?...
Pues, señor, voy á esperarme...

PASC. Á qué?
LUIS. Á que pase la mia
para introducirme en ella,
y de este modo se evita...
Yo creo que es esa... Alto!...
No: que la mia es más chica.
Esta sí que es grande.
PASC. Claro!
Es la Inclusa...
LUIS. Y muy bonita!
PASC. Hé aquí donde las madres
tiernas, sensibles, confian
sus hijos á la tutela
del gobierno.
LUIS. Sí? Pues mira...
Tú no eres ni has sido madre,
ni lo has de ser en tu vida.
Conque... media vuelta.
PASC. Pero...
LUIS. Es preciso que me sigas.
PASC. No puede ser.
LUIS. Y por qué?
PASC. Porque tengo aquí una cita.
LUIS. Hola!
PASC. Importante.
LUIS. De fijo
que es alguna modistilla...
PASC. No tal: es un hombre.
LUIS. Un hombre?...
Para qué le necesitas?
PASC. Para tratar de un asunto
de mucho interés.
LUIS. Mal dia
has elegido, Pascual;
porque tienes una chispa...
Haz lo que yo, que aunque beba
nunca me caigo, ni... (Cayéndose.)
PASC. (Sosteniéndole.) Arriba.
LUIS. Este maldito empedrado
es tan... Si uno se descuida...
Conque dices que es negocio?...
PASC. De hacer dinero.

LUIS. Bendita
palabra! Con eso luégo
nos iremos á la timba...
Hoy estoy iluminado
y acertaré mil seguidas.
PASC. (Si no iluminado, al ménos
alumbrado..)
LUIS. Date prisa.
PASC. Muy bien; pero, entre paréntesis,
me estás estorbando... Mira,
espérame en esa tienda
de licores que hace esquina.
LUIS. Pero vendrás pronto? (Dando traspiés.)
PASC. Sí.
(Este se rompe hoy la crisma.)

Reloj
Las 6.

ESCENA III.

PASCUAL.

Ya no debe tardar mucho. (Da el reló.)
Las seis! Esta es la hora crítica.
Pronto saldremos de dudas.
Es una aventura digna
de una novela Esta tarde
al volver de la partida
á mi casa, me encontré
con una carta sin firma,
que decía lo siguiente:
«Señor Pascual Nuñez Diaz:
»si el ganar cincuenta duros
»no es cosa que le dá grima,
»hoy á las seis de la tarde
»le espera á usted en la esquina
»de la Inclusa, la persona
»que le dirige estas líneas.»
Y aquí estoy. Será una broma?
Hum! Mucho tarda ese quídam.

Cartera con billetes

ESCENA IV.

PASCUAL, D. JUAN, embozado en su capa.

JUAN. (Aquí está mi hombre.)
PASC. (Calla!
Me parece que se acerca...)
JUAN. Buenas tardes.
PASC. Buenas tardes.
Es probable que usted sea...
JUAN. Quien necesita de tí.
PASC. Ya!
JUAN. Si te portas bien, cuenta
con la suma convenida.
PASC. Mil reales...
JUAN. Á toca teja.
PASC. Corriente; pero ante todo
es preciso que yo sepa
con quién hablo.
JUAN. Qué te importa?
PASC. No me gusta obrar á ciegas.
JUAN. Por eso te pago.
PASC. Pero...
JUAN. No me gustan reticencias.
Si tú no quieres servirme,
no me faltará quien quiera.
PASC. Sí; pero qué inconveniente
tiene usted en que le vea?
JUAN. Confórmate, y tendrás doble
de la cantidad propuesta.
PASC. Es decir, dos mil?
JUAN. Sí.
PASC. Eso
se llama tener conciencia.
Seré ciego, mudo y sordo.
JUAN. Bien.
PASC. Lo que á usted le convenga.
JUAN. Así me gusta. Ya es hora
de que entremos en materia.
PASC. De qué se trata?
UAN. Se trata

de una buena accion.

PASC. De veras?

JUAN. Sí.

PASC. Que usted lo pase bien!

JUAN. Pero...

PASC. No me tiene cuenta.
Yo hacer una buena accion!

JUAN. Te diré...

PASC. Aunque usted me diera...
no digo yo dos mil reales,
sino más oro que pesa...

JUAN. Por qué?

PASC. Porque estoy seguro
de que no sabría hacerla.
Conque si á usted no le ocurre
otra cosa más...

JUAN. Espera.
Tú no debes ignorar
que los medios que se emplean
para hacer el bien, no siempre
son buenos.

PASC. Justo.

JUAN. Y la prueba
es que yo en esta ocasion
me valgo de tí.

PASC. Quisiera
saber...

JUAN. Necesito un hombre
listo.

PASC. *Ego sum.*

JUAN. Que no tenga
corazon.

PASC. *Eccolo qua.*

JUAN. Ni conciencia.

PASC. Qué es conciencia?
No conozco á esa señora.

JUAN. No?

PASC. Ni espero conocerla.
Conque... á ver de qué se trata.

JUAN. Nada, de una bagatela.

PASC. De qué?...

JUAN. De robar un niño.

PASC. Eh?... Pues es una friolera!
Robar un niño!...

JUAN. Sí.

PASC. Zape!
Y era esa la accion buena?...

JUAN. Has prometido ser mudo
y charlas más que cuarenta.
Oye, ese niño está enfermo
y es muy fácil que perezca:
no tiene amparo... su madre
está en la última miseria...
Yo puedo salvarle... es más:
yo puedo hacer que esa tierna
criatura sea un dia
dueña de inmensas riquezas.
Pero su madre insensible,
cruel...

PASC. Entiendo: se niega?...

JUAN. Pues!

PASC. Y usted quiere el chiquillo
si no de grado, por fuerza?

JUAN. Eso mismo. Ahora conviene
que te indique la manera
de...

PASC. Permítame usted: ántes
es preciso ajustar cuentas...

JUAN. Pero...

PASC. En primer lugar, yo
tengo la cara muy fea.

JUAN. Y qué tiene que ver eso?...

PASC. Hombre, tenga usted paciencia:
el chico se espantará,
chillará al verme... Aunque sea
á onza por chillido... vamos,
no ha de dar ocho siquiera?
En segundo lugar...

JUAN. Basta!

PASC. Es para que usted comprenda...

JUAN. Qué?... Concluye.

PASC. Francamente...
que me ofrece una futesa.

JUAN. Pero...

PASC. Ya que le hago rico,
quiero salir de miserias.
JUAN. En fin, qué es lo que tú quieres?
Con franqueza.
PASC. Con franqueza.
Que en lugar de dos mil reales...
JUAN. Comprendo: quieres que sean...
PASC. Cuatro mil.
JUAN. Hombre!
PASC. Ó si no...
JUAN. Cuánto?
PASC. Doce onzas y media.
Doscientos duros, ó cuatro
mil reales: como usted quiera.
Me es indiferente.
JUAN. Bien.
Toma ahora dos mil. (Dándolo dos billetes)
PASC. (Tomándolos.) Vengan.
JUAN. Los otros dos mil, cuando hagas
la cosa.
PASC. Ya!
JUAN. Es mi sistema.
PASC. Hola! Hola! Segun eso
no es esta la vez primera
que ha hecho una buena accion?
JUAN. Cuento, pues, con tu prudencia?...
PASC. Soy de usted en cuerpo y alma.
JUAN. Ahora conviene que sepas
cuándo, dónde y cómo... Pero...
(Deteniéndose al ver acercarse una mujer.)

ESCENA V.

DICHOS, MARÍA, con el niño en brazos.

MARIA. (Valor!)
JUAN. Á ver... quién se acerca?
PASC. Sin duda irán á la Inclusa.
Será alguna madre tierna,
que viene á depositar
su hijo aquí.
JUAN. (Ah! Si ella fuera...

buena ocasion!) Se ha parado..
PASC. Eso es que le da vergüenza.
JUAN. Retirémonos.
PASC. Corriente.
El undécimo aconseja...
JUAN. Sí... (Le dejo en cualquier parte,
y al instante doy la vuelta.)

ESCENA VI.

MARÍA.

Nadie!... Aquí de mi dolor,
ay! vengo á apurar las heces.
He venido ya tres veces,
y me ha faltado el valor.
Es tanto el que necesito!...
No, yo no quiero que muera.
Voy...—Tiemblo como si fuera
á cometer un delito.
Separarme de este modo...
Ah! No culpes á tu madre:
no, hijo mio, no: tu padre
tiene la culpa de todo.
El abandonarte así
es porque tu vida ansío.
Tú no me oyes, hijo mio;
pero Dios me oye por tí.
Él sabe si te amo yo!
—Cómo me sonrie!... Ah!
Por última vez quizá...
No! Por última vez no.
La dulce esperanza abrigo
de volverte á ver un dia.
Si no, te abandonaría
pudiendo morir contigo?
—Si se llegan á perder
las señales que le he puesto...
Oh! Sin necesidad de esto
le podré reconocer.
Al verle entre mil, de fijo
podré decir: ahí está!

El corazon me dirá:
María, ese es tu hijo!
Pero no quiero mirarle,
no quiero que me sonría,
porque entónces no tendría
valor para abandonarle.
—Por qué de este modo lucho?
No es por su bien?... Está frio...
casi exánime... Dios mio!
Me habré detenido mucho?
Volverle á ver pronto espero.
Adios, pues!
(Le coloca en el torno, y en seguida exclama:)
Ah! Le he perdido!
No... no quiero... Hijo querido!...
Volvédmelo!... Ah!... Yo muero....
(Cae desmayada.)

ESCENA VII.

MARÍA, LUIS.

LUIS. (Viene todavia bajo la influencia de la embriaguez pero á punto de volver á la razon.)
Qué es esto?... Creo...—Pascual?
Dónde diablos te has metido?
—Me parece haber oido
un grito que me ha hecho mal.
Será que el rom me extravía...
Y ese bribon sin volver!
—Eh?... Qué es esto? Una mujer!...
Si se parece á María!

MARIA. Mi hijo! (Recobrando el sentido.)

LUIS. Aparta, vision!

MARIA. Para siempre te perdí!

LUIS. Eh? Qué dice?... Qué hace aquí?...

MARIA. Hijo de mi corazon!

LUIS. Se ha vuelto loca quizás!..,
María!..

MARIA. (Incorporándose.) Luis!—Dios le envía.

LUIS. No me conoces, María?
Ven.

MARIA. Contigo?

LUIS. Sí.

MARIA. Jamás.

LUIS. Porque me ves así? Toma!
No por eso me propaso...
Ven...

MARIA. Aparta!

LUIS. No hagas caso!
Hemos corrido una broma!...
Ven.

MARIA. No.

LUIS. Ven... Yo te lo exijo.
Aunque vengo así... alumbrado...
no temas.

MARIA. (Agarrándole por el brazo.) Desventurado!
Sabes dónde está tu hijo?

LUIS. Á tí saberlo te toca.

MARIA. Pues está ahí! (Mostrándole la Inclusa.)

LUIS. Cómo?

MARIA. Ahí!

LUIS. En esta casa?... En la...
(Recobrando la razon.)

MARIA. Sí.

LUIS. Qué dice? Se ha vuelto loca?

MARIA. Ahí, sí!

LUIS. Quién?... Cómo?... Cuándo?...
Dejarle de esa manera...

MARIA. Sí: yo misma.

LUIS. Espera!... Espera!...
Yo creo que estoy soñando!...

MARIA. No sueñas... es la verdad...
No le volverás á ver!
Le he condenado á comer
el pan de la caridad.

LUIS. Tú!

MARIA. Sí, yo.

LUIS. Qué horror!

MARIA. Confieso
que eso es cruel, es impío!...

LUIS. Mi hijo!... Pobre hijo mio!
—Tú no has podido hacer eso.

MARIA. Yo?... No. No fuí yo.—Examina
lo que en tu conciencia pasa.

Quién ha introducido en casa
el desórden y la ruina?
Fuí yo?—Habla! Quién dejó
sin pan á mi hijo? Dí!
Fuí yo?...—Quién le puso ahí?
Fuí yo?—Responde! Fuí yo?

LUIS. Calla! Tu voz mi alma hiere!

MARIA. Desde que el doctor me dijo:
«ó busca usted á su hijo
una nodriza, ó se muere,»
no pensé más que en salvar
su vida; y por eso, esclava
de mi deber, trabajaba
noche y dia sin cesar.
Ah! Yo me sentía fuerte!
Aquel trabajo prolijo
iba á salvar á mi hijo
de las garras de la muerte.
Trabajé de esta manera
noche y dia un mes entero,
y escondí bien el dinero
para que nadie lo viera.
—Piensas que hice mal? Te engañas.
Esa cantidad, reunida
con afan, era la vida
del hijo de mis entrañas.
Un ladron, sin compasion
hácia el hijo que yo adoro,
me arrebató ese tesoro.
Sabes quién es el ladron?

LUIS (Ah! me inspiró Belcebú!)

MARIA. Óyelo, mal que te cuadre.
Ese ladron es su padre:
ese ladron eres tú.

LUIS. María!... Calla, María!
Aquel dinero... ay de mí!

MARIA. Era de tu hijo, sí.

LUIS. Pero yo no lo sabía.
Con egoismo cruel
su madre me lo ocultó.
Como tú, no hubiera yo
trabajado para él?

Aun es tiempo.

MARIA. Vano alarde!

LUIS. Tú mi fé de nuevo enciendes.

MARIA. Tarde tu deber comprendes.

LUIS. Nunca para el bien fué tarde.
Trabajaré, y de tal modo,
que borre la falta mia.
Por nuestro hijo, María,
me siento capaz de todo.
Te lo juro devolver,
sí.

MARIA. No sabes que está ahí?

LUIS. Pero...

MARIA. Ha muerto para tí:
no le volverás á ver.

LUIS. Hijo mio!

MARIA. No le invoques!
Ya es tarde.

LUIS. No. Ven.

MARIA. Contigo?..
Jamás.

LUIS. Ah!

MARIA. Jamás, te digo!
No te acerques!... No me toques!...
Me causas horror!

LUIS. Advierte...

MARIA. Horror... Lo entiendes bien? Ira...

LUIS. Ah! No comprendo...

MARIA. Te admira
el que hable yo de esta suerte?
El ver que mi amor ya ceja
te causa asombro y espanto.
Ya se vé! He sufrido tanto
sin exhalar una queja!
Pero es que entónces tenia
al hijo que mi alma adora
para consolarme. Ahora
ya no lo tengo.

LUIS. María!

MARIA. No basta á aplacar mi encono
que el dolor tu alma taladre.
Me has hecho ser mala madre;

y eso no te lo perdono.

LUIS. Oye!... Mi arrepentimiento...

MARIA. Todo acabó entre los dos.
Yo no te conozco... Adios!

LUIS. María!... Un solo momento!
Escucha y tu enojo calma.
—Ah! Yo no sé de qué modo
hacerte comprender todo
lo que se agita en mi alma!...
Mas ya que en vano me aflijo
y en rechazarme te empeñas,
dime, al ménos, con qué señas
recobrar puedo á mi hijo.

MARIA. Para qué?... Nunca.

LUIS. María!

MARIA. Llevas mal camino.

LUIS. Pero...

MARIA. El del crímen, y no quiero
que se lo enseñes un dia.

LUIS. No me lo dices?

MARIA. No.

LUIS. Advierte ..

MARIA. No! De ninguna manera.

LUIS. María!

MARIA. No! Aunque estuviera
en la hora de mi muerte!

LUIS. No temes que yo iracundo?...

MARIA. No. Mátame sin piedad.
Para la felicidad
que me aguarda en este mundo!...

LUIS. Haces mal! Cómo ha de ser!
Fuí culpable... Harto lo expío!
Hijo del alma! Hijo mio!
No le volveré ya á ver!
Él á implacable tormento
con su ausencia te condena.
Sí!... va á matarte la pena
como á mí el remordimiento.
Él tu dolorosa historia
ignorará; y en su encono
maldecirá tu abandono;
execrará tu memoria.

Ah! que no llegue ese dia!
Cese tan cruel rigor...
No es que reclame tu amor:
sé que lo perdí, María!
Despréciame!... Sé, ay de mí!
que de tu desden soy digno.
Olvídame... Me resigno
á vivir lejos de tí.
Haz de mí lo que te cuadre;
no habrá pena que me asombre.
Rechaza, maldice al hombre;
pero ten piedad del padre.
Yo á la madre me dirijo.

2.º B.ª
cartera y lapiz

ESCENA VIII.

DICHOS, D. JUAN, en el fondo observando.

JUAN. (Es ella!)
LUIS. En nombre del cielo
no me niegues el consuelo
de que te vuelva tu hijo.
María! Mi corazon
de eterno dolor no llenes.
María! no me condenes
á la desesperacion.
MARIA. Luis!
LUIS. No serás tan cruel!
MARIA. Bien... Te diré... Pero advierte
que no he de volver á verte,
sino con él.
LUIS. Ah! Con él!
JUAN. (Veremos...)
LUIS. Pero habla...-dí...
MARIA. (Haciendo dolorosos esfuerzos.)
Lleva un papel que declara
su nombre.
JUAN. (Ya!)
(Disponiéndose á escribir en su cartera.)
MARIA. Adolfo Lara.
JUAN. («Adolfo Lara.») (Escribiendo.)
LUIS. Y asi

le abandonaste?

MARIA. No tal.
Lleva un relicario...

JUAN. (Apuntándolo en la cartera.) (Bien!)

LUIS. Qué más?

MARIA. Le puse tambien
mi anillo matrimonial.

LUIS. No más?

MARIA. No.

JUAN. (Golpe seguro.)

MARIA. Adios, Luis!

LUIS. Adios, María!
Ó me has de ver algun dia
con él, ó nunca: lo juro!
(Vánse los dos, cada uno por distinto lado: apenas desaparecen, se adelanta D. Juan.)

ESCENA IX.

D. JUAN.

Iba á valerme de un socio,
pero ya no es necesario.
(Consultando el libro de memorias.)
Un anillo... un relicario...
Pues señor, se hizo el negocio.
(Llama y entra en la casa de la Inclusa. Apenas ha desaparecido, se adelanta Pascual y se sienta en el dintel de la puerta por donde ha desaparecido el doctor.)

Pausa larga

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Pas.— Se ha descubierto el pastel.
Quiere dármela el bergante;
pero yo soy muy tunante,
mucho más tunante que él.

Telón

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Lola. Dos puertas al fondo: otra á la derecha: á la izquierda una ventana.—Muebles elegantes.

ESCENA PRIMERA.

FRANCISCO, dormido sobre un sillon, D. JUAN, que entra embozado, atraviesa la escena con el niño, procurando recatarse de los demas.

JUAN. Nadie!.. No he encontrado á nadie!
(Reparando en Francisco.)
Ah! Si; pero está dormido.
Mucho pesa este muchacho!
Como que lleva consigo
un tesoro: representa
cuatro millones y pico.
Pero van á dar las diez...
(Mirando un reló de sobremesa.)
no perder tiempo es preciso.
(Desaparece por la puerta derecha.)

ESCENA II.

FRANCISCO.

Quién vá?—Nadie... Pues, señor,

yo juraría que he visto...
Despues de una noche en claro
se vé más turbio, de fijo.
Y eso que yo, por espacio
de seis años, he corrido
el peligro de dormir
al sereno de contínuo...
Como que he sido sereno
de la calle de Peligros.

ESCENA III.

FRANCISCO, D. JUAN.

JUAN. Pues, señor, se hizo la cosa.
Ya está colocado el niño...
FRANC. Ah! El doctor!...
JUAN. Silencio!
FRANC. Es raro...
JUAN. Habla más bajo, Francisco.
FRANC. Pero cómo ha entrado usted
sin que nadie le haya visto?
JUAN. Qué te importa á tí?
FRANC. Me importa.
Soy mayordomo, y vigilo...
JUAN. Sí, durmiéndote.
FRANC. Es que el sueño
acomete al indivíduo...
Mas yo tengo una ventaja;
y es que si hacen mucho ruido
casi siempre me despierto.
Usted, que es facultativo,
comprenderá fácilmente
este fenómeno físico.
JUAN. Pero y la señora?
FRANC. Mala.
JUAN. Cómo?
FRANC. Como que he tenido
que pasar la noche en claro.
JUAN. Pero qué tiene?
FRANC. Ella dijo
que sentía así... un calor!...

haciendo como hace un frio...
Eso, como usted comprende,
no es natural, y yo opino...
No soy médico, ni nadie
de mi familia lo ha sido;
pero mi padre era albéitar;
lo cual viene á ser lo mismo...

JUAN. Pero, hombre!...

FRANC. Y ya ve usted... algo
se le habrá pegado al hijo.

JUAN. Conque pasó mala noche?

FRANC. El sueño más intranquilo!...
Ha llamado á la doncella
cuatro veces, y á mí cinco.
Y á que no adivina usted
para qué? Para decirnos
que si usted venía, al punto
se le pasara el aviso.
Y eran las dos de la noche!
Ya se ve! Con el delirio...

JUAN. (Comprendo! Como le dije
que iba á ver pronto á su hijo...
Es natural, la impaciencia...)

FRANC. Conque yo voy y le digo
que está usted aquí.

JUAN. No.

FRANC. Pero...

JUAN. Nada de eso: te prohibo
que digas una palabra:
lo oyes?

FRANC. Está bien.

JUAN. Ha habido
alguna carta?

FRANC. Sí, una
de don Cárlos...

JUAN. Quién?...

FRANC. Su primo.

JUAN. Cómo sabes tú?...

FRANC. Es muy fácil.
Porque contestó ayer mismo:
llevé la respuesta, y ví
que decía el sobrescrito

á don Cárlos de Mendoza.

JUAN. Está muy bien... (Adivino...
Pasó ya el año de luto,
y solicita el permiso
para presentarse... Bravo,
don Cárlos! Pero está escrito
que llegue usted siempre tarde.)
Francisco?

FRANC. Señor.

JUAN. Lo dicho:
si la señora pregunta
por mí, dí que no me has visto.

FRANC. Está bien. (Váse D. Juan.)

ESCENA IV.

FRANCISCO.

Cuánto misterio!
Ese hombre será un bendito;
pero, en fin, para mí tiene
todas las trazas de un pícaro.
Quiere al ama... es decir, anda
tras de pescar el *conquibus*...
Claro! Y por eso demuestra
tanto interés por el chico.
Porque si el chico se muere,
la herencia, que está en litigio,
pasa á la familia del
difunto conde... Preciso!
Si mi señora se casa
con ese hombre, de fijo
le pronostico... Y cuidado,
que cuando yo pronostico!...
Pronostiqué á mi mujer
el dia de San Isidro
que se iba á morir de un
atracon de panecillos...
y, claro está! se murió,
aunque no fué acto contínuo.
No fué tan pronto la cosa
porque así Dios no lo quiso;

pero el caso es que en el fondo
se cùmplió mi vaticinio.
Diez y siete años despues
se murió de un tabardillo.
Si no había más remedio!
Si lo había yo predicho!
Ah! El ama! (Viéndola llegar.)

ESCENA V.

FRANCISCO, LOLA.

LOLA. Ha venido álguien?
FRANC. Sí, señora... Rectifico:
no, señora... Nadie. (Eres
un embustero, Francisco.)
LOLA. (Ningun recado de parte
del doctor! Y ayer me dijo
que le vería muy pronto...
tal vez hoy...)
FRANC. Si fuera lícito
que oyese usted un consejo
de éste su siervo humildísimo,
le diría á usted, fundado
en poderosos motivos,
que hace mal en levantarse
tan temprano.—Le suplico
que se acueste. El madrugar
es perjudicial, nocivo
á los que, como usted, tienen
alterado el organismo.
No quiero decir con eso
que usted esté de peligro:
lo que usted sufre, señora,
es un conato, un principio
de... pues! de... Son los humores
alterados... mejor dicho,
es la masa de la sangre
que ha perdido el equilibrio.
LOLA. (Que ha permanecido sin escucharle.)
(Vivir así es imposible!
Es morir!... Si hoy no recibo

la noticia de que viene,
voy á partir.—No resisto
al afan de verle.)

FRANC. Creo,
salvo meliore judizio,
que lo que usted debe hacer
es ponerse un sinapismo
salvo la parte... Mi padre,
albéitar reputadísimo,
curaba radicalmente
por un medio tan sencillo
el reumatismo y el muermo,
que son dos males muy pícaros.
Conque á usted, que no padece
ni muermo ni reumatismo,
le haría naturalmente
más efecto este específico.
Lo que cura grandes males
no curará otros más chicos?
(Me parece que no tiene
réplica este silogismo.)

LOLA. (Vivír ó morir con él,
ese es mi deber.)

FRANC. Opino...

LOLA. Oye... supongo que ayer
no pondrías en olvido
la carta.

FRANC. De ningun modo.
La llevé yo á su destino
personalmente. Item más:
he prestado otro servicio.
Como Casta, la doncella
de labor, ha decidido
dejar de serlo muy pronto,
con el plausible motivo
de su enlace con don Cosme
Cien-Cerillas...—ese digno
émulo del gran Cascante,
el fabricante de mistos—
le dí al portero el encargo
de llenar ese vacío;
y me ha prometido bajo

palabra de honor, que hoy mismo
buscará doncella, aunque eso
dice que es dificilísimo.

LOLA. Está bien.

FRANC. Pero yo creo...

LOLA. Déjame sola, Francisco ~~contento~~.

FRANC. Para eso es necesario
que me vaya, y... me retiro. (Váse.)

ESCENA VI.

LOLA.

No... Yo no puedo vivir
de este modo! Es un martirio
cruel! Dos meses sin verle...
Si yo no sé cómo vivo!
Hoy parto y lo dejo todo;
doy el pleito por perdido.
Nada más interesante
que la vida de mi hijo.
Hace dos dias su estado
mi incesante afan ignora.

ESCENA VII.

DICHA, D. JUAN.

JUAN. Hace dos dias, señora,
que su hijo se ha salvado.

LOLA. Cómo! ¡Que! —

~~CARLOS. (Es él...)~~

~~LOLA.~~ Saber ansío...

JUAN. Sí: le salvé y está allí,
cerca de usted.

LOLA. Qué oigo!

JUAN. Sí.

LOLA. Será posible, Dios mio!

Escena 8ª

Francisco y Maria

Franco. = Por aqui joven hermosa; —
pase, pase sin temór.
(La doncella de labòr
es muy guapa y muy graciosa.)

Cifré en tu amor mi ambicion:
el conde me robó un dia
ese tesoro que había
soñado mi corazon.
Entónces fué cuando herido
del dolor, partí á Florencia,
creyendo hallar en la ausencia
á la ingratitud olvido.
Ay! Imposible! Ese amor,
mi bien, mi esperanza sola,
creció con la ausencia, Lola.
Lo hizo gigante el dolor.
Que eras libre supe un dia...
—Puse á mi impaciencia freno;
y aunque de alegría lleno
logré ocultar mi alegría.
Transcurrió un año... Mi fe
no sufrió nunca mudanza
y en alas de la esperanza
á mi patria regresé.
Hoy de tu cariño imploro
mi único bien, mi existencia.
No mata el amor la ausencia:
si ayer te amaba, hoy te adoro.
Hoy de mi cariño, ufano
vengo el premio á recoger.
Lola mia! hoy como ayer
está mi vida en tu mano.

LOLA. Cárlos, no me hables así:
no acrecientes mi dolor!
No! No me hables de tu amor!
Yo no soy dueña de mí.

CARLOS. Es posible?

LOLA. En vano lucha
tu amor con la infausta suerte.

CARLOS. Tu esposo ha muerto, y la muerte
te ha dejado libre.

LOLA. Escucha.
Ay! yo tambien he llorado!
Cual tú tambien he sufrido!
Cuando murió mi marido
no estaba sola á su lado.

Franc.= Valor! Yo salgo garante...
Aquí nadie se propasa...
No hay más hombre en esta casa
que el que usted tiene delante.
El señor conde murió:
el pinche es un animal...
el lacayo *idem*... Total:
no hay más hombre aquí que yo.
Todos acatan mi ley;
á todos cuenta les tomo...
En fin, soy el mayordomo,
una especie de... virey.
Le daré mi proteccion
como ya se la dí á Casta.
Me parece que esto basta
por vía de introduccion.
Como es público y notorio
quién soy, no hablo de mí. Ahora
procede que la señora
haga su interrogatorio.
Esto dará más valor,
más solemnidad al acto;
aunque usted es ya *ipso facto*
su doncella de labor.
(Váse por la derecha.)

ESCENA XIII.

MARÍA.

Qué lujo! No me guía
la envidia; mas me aflijo...
Con la mitad habría
salvado yo á mi hijo!
Mi alma el dolor llena!
(Enjugándose las lágrimas.)
Mas no lloro: al contrario.
Ocultaré mi pena...
Reiré si es necesario.
Preciso es ya, Dios mio,
que mi valor recobre!

Al rico dan hastío
las lágrimas del pobre.

ESCENA XIV.

MARÍA, LOLA.

LOLA. (Le he vuelto á ver! Le he abrazado!
El gozo en mi alma no cabe.)
Usted será por lo visto
la que viene á colocarse...

MARIA. Sí, vengo...

LOLA. (Reconociéndola.) María!

MARIA. (Id.) Lola!

LOLA. Es posible que tú trates...

MARIA. Dios es bueno, Lola...

LOLA. Pero...

MARIA. Y él á tu casa me trae.

LOLA. Francamente, extraño mucho...
Es posible que te halles
reducida á tal extremo?
Por qué no has venido ántes?

MARIA. Como al fin no me dijiste
dónde vivías...

LOLA. Qué diantre!
Si soy lo más distraida!...
Cómo has podido encontrarme?

MARIA. Es que yo buscaba una
colocacion, y un buen ángel
me trajo á tu casa...

LOLA. Pero...
(Reparando en el traje de María.)
Permíteme que me extrañe...

MARIA. Ah! Ves los pobres vestidos
que me cubren!... No te apiades
por eso de mí. Qué importa
la miseria!

LOLA. Espero que hables
y que me expliques...

MARIA. Y yo
espero que tú me salves.

LOLA. Habla. Para mí, María,

se acabaron los pesares;
y ya que soy tan dichosa
no quiero que sufra nadie.

MARIA. Conque eres feliz?

LOLA. Sí, soy
la más feliz de las madres.

MARIA. Pues entónces qué más quieres?
Qué bien hay que se compare
con el tuyo?

LOLA. Oh! Sí: ninguno.
Cómo! Lloras?

MARIA. No lo extrañes.

LOLA. Pero...

MARIA. He perdido á mi hijo.

LOLA. Infeliz! Ha muerto?

MARIA. Oh! Cállate!...
Á morir él, yo le hubiera
sobrevivido un instante?

LOLA. Entónces...

MARIA. Le he abandonado!

LOLA. Á él?...

MARIA. Sí.

LOLA. Á tu propia sangre!

MARIA. Le he abandonado!

LOLA. Calla!
si no quieres que me espante.

MARIA. Tú no comprendes que así
la miseria nos arrastre
hasta abandonar á un hijo?

LOLA. Oh, calla por Dios!

MARIA. Pues sabe...
Escucha, Lola: en Madrid
hay una casa muy grande
siempre llena, segun dicen,
donde las madres infames
á sus hijos abandonan.
Yo no era una mala madre,
no: yo adoraba á mi hijo
y tuve que abandonarle.

LOLA. Qué horror!

MARIA. Qué había de hacer,
respóndeme, viendo exánime

á mi hijo, moribundo
sin poder alimentarle?

LOLA. Eso es horrible.

MARIA. Sí, horrible!

LOLA. Es preciso que al instante
te devuelvan á tu hijo.

MARIA. Pero cómo?

LOLA. Que le saques
de donde está.

MARIA. Pero cómo?

LOLA. Sacándolo.

MARIA. No es tan fácil...
Yo no tengo...

LOLA. Eso no importa.
Yo tengo...

MARIA. Ah!

LOLA. (Dándole un bolsillo.) Toma, y dales
lo que te pidan: si ves
que con eso no hay bastante,
gracias á Dios yo soy rica,
y aunque tenga que arruinarme...

MARIA. Oh, gracias, amiga mia!
No sabes el bien que me haces,
la ventura que me das.
Digo mal, tú bien lo sabes.
Eres madre tambien.

LOLA. Anda...
no sea que llegues tarde.

MARIA. Qué felicidad, Dios mio!
Voy á verle!... Sí, á abrazarle!

LOLA. Pero vete ya.

MARIA. Sí: corro.

LOLA. Vuelve.

MARIA. Con él.

ESCENA XV.

Lola

MARIA.

Pobre madre!
Dios la ha traido á mi casa.
Hay cosas providenciales.

2.ª 1/2 dcha
Cuna con niño

ESCENA XVI.

LOLA, D. JUAN, D. FRANCISCO y otro CRIADO, ayudándole á traer la cuna donde se supone el niño.

JUAN. Mucho cuidado!
FRANC. (Es que pesan
cuatro millones de reales.)
Que pierdes el equilibrio,
(Al otro Criado.)
ó mejor dicho, te caes.
JUAN. Ahí, junto á la ventana.
FRANC. Eso es... que le dé el aire;
porque nada hay más higiénico,
es decir, más saludable,
que la influencia atmosférica,
segun decía mi padre,
que era un albéitar...
LOLA. Retírate.
FRANC. Eso es decir que me marche.
(Le hace una seña al otro criado para que saiga con él, y vánse los dos, foro izquierda.)

ESCENA XVII.

LOLA, D. JUAN.

LOLA. Qué solicitud!...
JUAN. Señora,
su vida es tan importante
para mí...
LOLA. Lo creo.
JUAN. (Es claro!
Cuatro millones...)
LOLA. Pobre ángel!
Cuánto habrá sufrido!
JUAN. Mucho!
Su estado fué un incesante
peligro... Me inspiró á veces
las inquietudes más graves!...
Primero una calentura

con síntomas alarmantes.

LOLA. Dios mio!

JUAN. Segunda crisis,
una palidez tan grande,
que si usted lo ve, de fijo
lo toma por un cadáver.

LOLA. Gracias por haberme ahorrado
el dolor de contemplarle
de esa manera.

JUAN. (Sigamos
diciéndola disparates.)
Tercera crisis... Oh! Esa
fué la más horripilante!
Le daban las convulsiones
más horribles, los ataques
más espantosos .. Solía
retorcerse y agitarse
y entreabrir los labios, como
para llamar á su madre.

LOLA. Ah! (Tapándose la cara con las manos.)

JUAN. Se ponía de un modo
que daba horror el mirarle.

LOLA. Doctor!

JUAN. Y yo le he salvado!
Héle ahí hermoso, radiante
de júbilo y de salud.

LOLA. Sí: usted le ha salvado.

JUAN. El arte
obra rarísimas veces
un milagro semejante.

LOLA. Á usted le debo mi hijo!
Cómo puedo yo pagarle?
Le prometí á usted mi mano
siempre que usted le salvase...

JUAN. Y le salvé.

LOLA. Yo estoy pronta
á ser suya.

JUAN. Oh!

LOLA. Sí. Á casarme ..

JUAN. Ah!

LOLA. Fije usted cuando quiera
el dia de nuestro enlace.

JUAN. Lola!... (Ya pesqué la herencia:
cuatro millones cabales.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, MARÍA.

MARÍA. Robado! Robado!
JUAN. (Ah!
Ella...)
LOLA. Habla... Saber quiero...
MARÍA. Sí: me lo han robado!
LOLA. Pero...
MARÍA. No está allí! No está! No está!
JUAN. Pero quién?
MARÍA. Mi hijo amado.
LOLA. Explícate.
MARÍA. Lola amiga!...
Qué quieres que yo te diga?
No sé más! Me lo han robado!
JUAN. Pero no se sabe quién?...
MARÍA. Me ayudarás?...
(Á Lola, sin reparar en D. Juan.)
LOLA. Sí.
JUAN. Qué horror!
Robar...
MARÍA. Ah! Es usted, doctor!
Me ayudará usted tambien?
JUAN. Con todo mi valimiento.
MARÍA. Gracias! gracias!
JUAN. (Bueno fuera...)
LOLA. Pero dinos cómo...
MARÍA. Espera,
espera que tome aliento.
Escucha...
LOLA. Calma!
JUAN. Sí; calma!
MARÍA. Me das el dinero... al punto
corro, llego, entro, pregunto
por el hijo de mi alma.
Repito ansiosa su nombre,
y con calma indiferente

me responde aquella gente
que se lo ha llevado un hombre.
Un grito mi pecho exhala,
lleno de dolor profundo,
y á pesar de todo el mundo
me lanzo de sala en sala.
Buscando al hijo adorado
recorro cuna por cuna;
pero no estaba en ninguna.
No! Me lo habian robado!

LOLA. Eso es horrible!

JUAN. Si á fé.
Es atroz.

MARIA. Cómo salí
de allí... cómo vine aquí...
cómo vivo... no lo sé.

LOLA. Tranquilízate, María.

JUAN. Ya veremos si se alcanza...

MARIA. Á no tener la esperanza
de hallarle, me moriría.

LOLA. Me parece extraordinario
que le entregaran tu hijo
sin dar las señas...

MARIA. Si dijo
que llevaba un relicario!...
mi anillo!...—no se equivoca
con otro.—Yo se lo he puesto!
—Cómo lo sabía? Esto
es para volverme loca!

LOLA Pero ese hombre... No hay indicio
de quién pueda ser?

MARIA. Yo ignoro...

LOLA. Piensa...

MARIA. Ha dejado mucho oro,
mucho oro para el Hospicio!

JUAN. (Ap. á Lola.) Pobre mujer! Qué entrañable
es el maternal cariño!

LOLA. Hay que buscar á ese niño.

JUAN. Sí tal: es indispensable.

LOLA. Se le encontrará. (Á María.)

JUAN. De fijo.

LOLA. Vivir tranquila ya puedes.

MARIA. Sí, sí: no es verdad que ustedes
me volverán á mi hijo?
LOLA. Te lo prometo.
MARIA. Bien! bien!...
JUAN. Y yo daré más de un paso...
MARIA. Si vieras mi angustia...
LOLA. Acaso
no soy yo madre tambien?
MARIA. Una madre con fortuna. (Señalando á la cuna.)
LOLA. Es mi único consuelo.
MARIA. Que te lo conserve el cielo! (Acercándose.)
JUAN. Que no se acerque á la cuna! (Ap. á Lola.)
LOLA. Pero por qué? (Id. á D. Juan.)
JUAN. (Id.) Porque ahora
necesita de reposo.
MARIA. Oh! Debe estar muy hermoso!...
JUAN. (Deteniéndola.) Permítame usted, señora...
He dicho que es necesario... (Á Lola.)
LOLA. Déjela usted, doctor...
JUAN. No.
MARIA. Quiero verle... (Con mucha dulzura.)
JUAN. Es que...
MARIA. Si yo
no le haré mal!... Al contrario.
Sonreirá...
JUAN. (Voto á Luzbel!)
LOLA. Mírale qué hermoso está!
MARIA. Tú sí que eres feliz!... Ah! (Viéndole.)
LOLA. Qué tienes?
MARIA. Es él! Sí, es él!
LOLA. Cómo!
MARIA. Hallarle al fin consigo!
Mi hijo! Mi hijo!
LOLA. Qué?...
JUAN. (Conteniendo á Maria.)
Señora!...
MARIA. Sí: es él!
JUAN. (Qué haré?)
LOLA. Qué es lo que dice?
MARIA. Qué digo?
Digo que es mi hijo, sí!
LOLA. María!

JUAN. (Cómo me evado?...)
MARIA. Digo que me lo han robado
y que está allí! (Señalando á la cuna.)
LOLA. Pero...
MARIA. Allí!
No en vano mi amor le invoca.
LOLA. No acabo de comprender...
Qué es esto? (Á D. Juan.)
JUAN. Que esta mujer
está loca.
LOLA. Loca!
MARIA. Loca!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Recibimiento en la casa de locos de Leganés.

ESCENA PRIMERA.

FRANCISCO.

Pues, señor, bien! Héme aquí
en Leganés, trasformado,
convertido en enfermero
de una demente: más claro,
en un semi-doctor. Mi ama,
segun procede en tal caso,
impetró y logró un permiso
especial, extraordinario,
merced al cual, dignamente
tengo aquí á mi digno cargo
á esa desgraciada... Estoy
en mi centro, y no me cambio...
—Ah! El doctor de mi señora!

ESCENA II.

FRANCISCO, D. JUAN.

JUAN. Y doña María?
FRANC. Salvo
la opinion de usted, yo creo

que está mejor. Sin embargo,
esta noche ha habido síntomas
alarmantes; tuvo raptos...

JUAN. Sí?

FRANC. Pasó toda la noche
entretenida en un largo
soliloquio.

JUAN. Y tú recuerdas
qué dijo?

FRANC. De cabo á rabo.

JUAN. De veras?

FRANC. Desde el primero
hasta el último vocablo.

JUAN. Y bien?

FRANC. Al amanecer
tuvo un lúcido intervalo
y dijo... Oh!... y despues... Ah!
Con el ademan más trágico!...

JUAN. No dijo más que eso?

FRANC. No.

JUAN. Vamos, pues quedo enterado!

FRANC. Pero lo dijo de un modo
que quería decir tanto!
Es como si hubiera dicho.
Oh!... me aburro.—Ah!... me canso.

JUAN. Bien!... Bien!... Espero que cumplas
ciegamente mis mandatos.
Que nadie entre á verla... Son
tan molestos los extraños!...

FRANC. Descuide usted.

JUAN. Que la trates
con mimo, con agasajo...

FRANC. Al revés!... La contrarío
y la exacerbo y la exalto...

JUAN. Pero no ves que así irritas
su locura, mentecato?

FRANC. Señor!...—Galeno lo ha dicho:
un clavo saca otro clavo.
Ó lo que es igual: mi método
es el método homeopático.

JUAN. Muy bien! (Mire usted por dónde
me va á ayudar este bárbaro.)

Á veces el más estúpido
da una leccion al más sabio...

FRANC. Es favor... (Me hace justicia.)

JUAN. No tal...

FRANC. Yo soy un profano...

JUAN. Sigue tu método!

FRANC. Vaya
si lo seguiré!

JUAN. Aprobado.
(Como me la vuelva loca
le voy á hacer un regalo...)

FRANC. Creo haberle dicho que
mi padre, que esté en descanso,
era albéitar; y sin duda
me comunicó ese tacto...

JUAN. Sí, ya sé...

FRANC. Cada uno nace
para lo que nace.

JUAN. Es claro.

FRANC. Y yo he nacido, de fijo,
para ser veterinario.
Pero, en fin, las circunstancias
y la falta de metálico
malograron mis tendencias
hácia el *proto-medicato.*
Fuí sacristan en mi infancia,
sereno en mis verdes años,
regente, en mi edad madura,
de un instituto de párvulos,
y actualmente mayordomo,
y con vénia ó *exequatur*
del director, enfermero
accidental agregado
al cuerpo médico en esta
casa de mono-maniacos.

JUAN. No dudo... es así...

FRANC. Y espero,
juro probar que soy apto...

JUAN. Bien, bien! Obras son amores.
Vé á prodigar tus cuidados
á la paciente.

FRANC. En efecto,

me han conferido ese cargo...

JUAN. Corre... Esa pobre mujer
me interesa.—Es necesario...

FRANC. Descuide usted.

JUAN. Que la trates
como ántes me has indicado.

FRANC. Desde luégo. La locura
consiste en un arrebato
de la sangre que se irrita.
Luego el remedio es muy llano.
Se irrita al paciente...

JUAN. Justo!

FRANC. Se le desespera...

JUAN. Bravo!

FRANC. El mal toma proporciones;
llega á su período álgido;
hace crísis...

JUAN. Justamente!

FRANC. Y el loco queda curado;
porque no hay que darle vueltas;
un clavo saca otro clavo.

JUAN. Anda...

FRANC. Voy...—Se me olvidaba...
Doy á usted mi beneplácito
para que pueda hacer público
ese invento, ese adelanto
que abre nuevos horizontes
en el sistema homeopático

JUAN. Avisa al doctor Sepúlveda
que le espero aquí.

FRANC. Volando!
Curo á la enferma, de fijo!
Y si no mienten mis cálculos,
hago una revolucion
en el proto-medicato. (Váse.)

ESCENA III.

D. JUAN.

Pobre tonto! Pues, señor,
urdí lo intriga de un modo...

Gracias á mi astucia, todo
vá que no puede ir mejor.
La creen loca... está claro!
(Aparece Pascual.)
y nadie caso le hace.
No hay duda, es un buen enlace;
pero me cuesta muy caro.
Riesgos, como es natural...
Temores...

ESCENA IV.

D. JUAN, PASCUAL.

PASC. Y dos mil reales.
JUAN. Cómo!
PASC. Justos y cabales,
si usted no lo toma á mal.
JUAN. (Él!)
PASC. Cien duros. (Tendiéndole la mano.)
JUAN. (Me atrapó.)
PASC. Ya vé usted... una bicoca...
JUAN. Sin duda usted se equivoca.
Yo no le conozco.
PASC. No?
Pues sin embargo, repito...
JUAN. Quién es usted? (Con altivez.)
PASC. (Vanas tretas!)
Quién soy? No traigo tarjetas...
pero no las necesito.
Yo soy el santo varon
de quien usted... Cosa rara!
intentó valerse, para
hacer una buena accion.
Se hizo un convenio formal
entre los dos; pero... amigo,
usted sin contar conmigo,
pues! dió el golpe!
JUAN. Y bien?
PASC. Y mal,
digo yo.
JUAN. Basta ya. Adios.

PASC. Es inútil que se evada...
JUAN. Cómo?
PASC. Los dos mil...
JUAN. No hay nada
de comun entre los dos.
PASC. No sea usted tan cerril!
Si ántes no completa el pago,
dará usted un golpe en vago.
—Ya he recibido dos mil...
Pero eso es una bicoca
que mis urgencias no cubre,
es una especie de ódubre
no más que para hacer boca.
(D. Juan le vuelve la espalda.)
—Mire usted que le interesa...
Ah! Se va usted!...—Bien! Yo sé
lo que tengo que hacer.
JUAN. (Volviéndose de repente hácia Pascual.) Qué?
PASC. Presentarme á la condesa.
JUAN. Cómo!
PASC. Y decirle...
JUAN. De modo
que tú sabes...
PASC. Todo.
JUAN. Quiero
que me expliques...
PASC. Todo.
JUAN. Pero...
PASC. Absolutamente todo.
Le diré de pe á pa
lo que su buen doctor hizo:
que le dió un hijo postizo,
porque el suyo murió.
JUAN. Ah!
PASC. Y al lograr por medios tales
la mano de una condesa,
repara en una futesa!
En dos mil quinientos reales!
JUAN. No alcanzo...
PASC. Aunque no es oficio
muy agradable el de espía,
me resigné á serlo, el dia

que entró usted en el hospicio.
Al salir ví que el capote
abultaba, y dije: tate!
Este hizo algun disparate.
Y qué hago? Seguirle al trote.
Como iba ya sospechando
lo que llevaba consigo,
dije: contrabando!... Y sigo
la pista del contrabando.
No fué poca sorpresa,
ni fué mi alegría escasa
cuando le ví entrar en casa
de la señora condesa.
Usted me tendrá quizás
por tonto; mas no soy tonto:
ví luégo á María, y pronto
averigüé lo demas.

JUAN. Vive Dios! Y te prevales?...

PASC. Bah! Soy yo algun mentecato?

JUAN. Pascual!

PASC. Nada, el trato es trato:
vengan los cinco mil reales.

JUAN. Pero...

PASC. Francamente, extraño
no encontrarle más prudente.

JUAN. Habla bajo.

PASC. (Alzando la voz.) Francamente,
eso es ya ser muy tacaño!
No aconseja la prudencia,
despues de tan buen negocio,
que deje usted á su socio
á la luna de Valencia.
El negocio es en el fondo
un negocio de los buenos.
Vá usted á ser nada ménos
que el conde de Valle-hondo.
Pero usted el pan me quita,
sin ver, al hacer fortuna,
que ántes formábamos una
sociedad en comandita.
Sin respetar el convenio,
logró usted lo necesario

para hacerse millonario.
Lo que es el tener ingenio!
Cuatro millones cabales!
Vá usted á darse una vida!...
—Conque es cosa convenida?
Me da usted los diez mil reales?

JUAN. Me pides á troche y moche!...

PASC. No pido más que lo justo.

JUAN. Pero tanto ya!...

PASC. Y el gusto
de bajar al Prado en coche?
Y el de poder dar un the
donde todo Madrid vá?
Dar la mano al marqués A...
y un abrazo al conde B...
Y ser un hombre de pró,
es decir, un *gentlemen*
y tratar *sans compliment*
á las gentes *come il faut!*...
Y manejar capitales
como tutor de su hijo!...
—Conque...

JUAN. Transijo, transijo...

PASC. Me dá usted veinte mil reales!

JUAN. Si á pedirme más no vas
y prometes ser discreto,
te los daré

PASC. Lo prometo.

JUAN. Bien!

PASC. (Debí pedirle más.)

JUAN. (Hago esfuerzos sobrehumanos
por no aplastarle.)

PASC. Ahora yo
espero que...

JUAN. Ahora no:
no quiero estar en tus manos.

PASC. Entónces...

JUAN. No me acomoda
verme de nuevo en apuros.
Yo te daré los mil duros...

PASC. Cuándo?

JUAN. El dia de la boda.

PASC. Usted, al tomar estado,
querrá verme allí, preciso!
No me pase usted aviso:
yo me doy por convidado.
Pero á la novia este equipo
tal vez no le satisfaga...
Conviene que usted me haga...
pues! un pequeño anticipo.
JUAN. Ahora nada, entónces todo.
PASC. Bien!... Tendré el honor... el gusto..
(Insistiendo.)
Pero, ya ve usted, no es justo
presentarme de este modo...
JUAN. (Qué posma!)
PASC. Á la *negligée*...
Ya ve usted cómo me hallo...
JUAN. Toma y calla. (Dándole un bolsillo.)
PASC. Tomo y callo.
JUAN. (Maldito!)
PASC. No faltaré.
JUAN. El resto despues.
PASC. (Mostrando el bolsillo.) No creo
que este recuerdo se evoque...
Esto ha sido un alboroque
en honor del himeneo.
—Conque aprecio la bondad.
JUAN. (El diablo cargue contigo!)
PASC. Adios, generoso amigo.
Salud y fraternidad!

ESCENA V.

D. JUAN.

Me ha dado un rato cruel!
Ya se ve! Su testimonio
revelando el lance aquel...
Gracias á Dios ó al demonio
que me veo libre de él!

ESCENA VI.

D. JUAN, el DOCTOR SEPÚLVEDA.

SEPULV. Caballero!...
JUAN. Caballero!...
SEPULV. Me han dicho que usted me busca...
JUAN. Usted será por lo visto
don Antonio de Sepúlveda?
SEPULV. Servidor...
JUAN. Pues yo venía
á hacerle á usted una súplica.
SEPULV. Muy bien... Como esté en mi mano...
JUAN. Oh! Sí. La condesa viuda
de Valle-hondo me ruega
que le recomiende una
enferma que está aquí, víctima
de la más rara locura.
SEPULV. Caballero... sentiré
que usted lo crea una excusa,
pero su visita ha sido
en vano. Aquí se procura
socorrer al desgraciado
sin preferencia ninguna.
JUAN. Oh! Lo sé, pero quería
decirle que por la cura
de esa infeliz, la condesa,
que es íntima amiga suya,
y yo, estamos decididos,
sea cualquiera la suma
que usted fije...
SEPULV. Caballero,
usted ignora sin duda
que el gobierno recompensa
mis servicios con usura,
y que he formado el propósito
de no aceptar nada nunca...
JUAN. (Malo! No es esté el camino.
Emprendamos otra ruta.)
Nuestra intencion, caballero,
no es la que usted conceptúa.

Léjos, muy léjos de mí
el quererle hacer la injuria...
El poner ese dinero
en su mano es con la única
intencion, con el fin sólo
de que usted lo distribuya
entre los desventurados,
que aquí por desgracia abundan.
Léjos de mí otras ideas.
Me es conocida su mucha
probidad, á la que iguala
esa erudicion profunda,
que le dió una nombradía
tan gloriosa como justa.

SEPULV. Le suplico á usted...

JUAN. He estado
en Francia, en Italia, en Rusia,
y en todas partes el nombre
de don Antonio Sepúlveda
como un prodigio de ciencia
de boca en boca circula.

SEPULV. Es posible, caballero,
que yo tenga esa fortuna?
Que mis trabajos me den
ese honor?

JUAN. Nadie pronuncia
su nombre sin justo asombro.
Dichoso aquel que saluda
al grande hombre...

SEPULV. Le suplico
á usted que no me confunda...

JUAN. (Ya es mio.) Es usted modesto,
y conozco que le abruman
mis elogios.

SEPULV. Hablaremos
de otra cosa, si usted gusta.

JUAN. Sí, de esa infeliz: se llama
María, y es la que ocupa
el número diez.

SEPULV. La he visto.
La desgraciada asegura
que no está loca; y lo dice

de un modo que...

JUAN. Usted se ofusca
tan fácilmente? Usted! Siendo
una persona tan ducha?

SEPULV. Pues la verdad...

JUAN. Está loca:
no cabe duda ninguna.
Perdió á su hijo y perdió
la razon.—Tal fué su angustia!—
Dice que se lo han robado...
que no se ha muerto, y le busca
con afan por todas partes.
Ve el otro dia en su cuna
al hijo de la condesa;
y.. lo creerá usted? Acusa
á su noble protectora
de una accion indigna, absurda...

SEPULV. Sí: dice que le han robado
su hijo.

JUAN. Extraña locura!
Lo que debía hacer es
ir á orar sobre su tumba.
Pero su dolor conmueve,
y persuade al que la escucha...
Podremos examinarla
juntos?

SEPULV. (Llamando) Sí tal.—Que conduzcan
(Al que sale.)
á esta sala la mujer
del número diez.—Es mucha
la compasion que ha llegado
á inspirar su desventura;
y no soy yo sólo, todos
los que hablan con ella dudan...
—Aquí está.
(Viéndola llegar acompañada de Francisco.)

JUAN. Qué palidez!
Ya se ve! La infeliz lucha...

SEPULV. Retírese usted un poco.

JUAN. Sí.

SEPULV. Y veré...

JUAN. (Valor y astucia!)

ESCENA VIII.

DICHOS, MARÍA, FRANCISCO, conduciéndola.

FRANC. (Á María.) Quieta! Si usted no se aplaca,
si ese frenesí no merma...
MARIA. Doctor!
FRANC. Aquí está la enferma,
digo, la monomaniaca.
MARIA. Ya estoy resignada, sí.
Doctor, ya no me revelo.
SEPULV. Bien!
MARIA. Pero en nombre del cielo
tenga usted piedad de mí.
Me tienen por insensata,
y con impía fiereza
me ponen en la cabeza
ese hielo que me mata.
Oh! Que así se me maltrate!
Lograrán volverme loca.
FRANC. (No abre la infeliz la boca
que no diga un disparate.)
SEPULV. Salga usted... (Á Francisco.)
FRANC. Ya su demencia
vá tomando un sesgo, un giro...
SEPULV. Retírese...
FRANC. Me retiro.
(Quien manda, manda. Paciencia!)

ESCENA IX.

MARÍA, el DOCTOR, D. JUAN.

MARIA. Doctor! Á usted me dirijo...
No hay compasion para mí?
Yo quiero salir de aquí:
quiero buscar á mi hijo.
JUAN. Cálmese usted! De ese modo...
MARIA. Usted aquí!
JUAN. No le asombre.
MARIA. Doctor, ese hombre, ese hombre

tiene la culpa de todo.
Él fué el que impidió cruel
que yo abrazara á mi hijo:
él fué el primero que dijo
que yo estaba loca, él!
(Á D. Juan.) Que no era mi hijo?... Oh!
lo era, aunque á usted no le cuadre.
El corazon de una madre
no puede engañarse, no.
(Al Doctor.) Pero usted tendrá piedad?...

SEPULV. Yo cumplo con mi deber.

MARIA. Pues bien, no quiera usted ser
cómplice de su maldad. (Señalando á D. Juan.)
Aquí mi razon vacila!...
Yo quiero salir...

SEPULV. Ahora
es imposible, señora;
cuando esté usted más tranquila.

MARIA. Es decir que aquí se trata ..

SEPULV. De salvarla... No deseo
más.

MARIA. Ah!

JUAN. Vé usted?

SEPULV. Sí, ya veo...

MARIA. Usted me mata, me mata!

JUAN. (Bien! bien!) Ya ve usted, Doctor,
(Ap. à éste.)
como al hijo se le nombre...

MARIA. (Al Doctor.) No crea usted á ese hombre!
Le engaña: es un impostor.
Si hubiera dicho verdad!...
Pero no quiso, no quiso!
—Espere usted, es preciso (Refrenándose.)
que domine mi ansiedad.
Este afan que me provoca,
que está agitando mi alma!...
Quiero responder con calma,
hacer ver que no estoy loca.
Interrógueme usted, hable ..

SEPULV. No es otro mi afan, señora.

MARIA. Diga usted.

JUAN. (Interponiéndose.) Muy bien! Ahora

ya está usted más razonable.
Juré ser su protector,
y salvarla al fin espero.

MARIA. Usted!—Bien! Siga usted.—Quiero
que se convenza el doctor.

JUAN. (Astucia!)

MARIA. (Dominándose.) Hable usted.—Ya escucho.

JUAN. Usted ..—por eso está aquí—
ha sufrido mucho.

MARIA. Sí:
he sufrido mucho, mucho.

JUAN. Usted su razon inmola
al dolor, y desvaría...
—Se acuerda usted de aquel dia
que estuvo en casa de Lola?

MARIA. Aquí está en mi mente fijo.

JUAN. Yo estaba allí por fortuna:
se lanzó usted a la cuna
gritando que era su hijo...

MARIA. Sí: lo era.

JUAN. De manera
que insiste usted por lo visto?...

MARIA. Pues no he de insistir? Insisto!
Era mi hijo! Lo era!

JUAN. Pero Lola es su mejor
amiga... Nadie lo ignora.

MARIA. Sí, lo es.

JUAN. Su protectora...

MARIA. Lo es, lo es. Sí señor.

JUAN. Ocultó el niño?—Al revés.
Á más, no fué la primera
en querer que usted le viera?
No es verdad?

MARIA. Lo es, lo es.

JUAN. Cabe entónces en su mente
que le enseñara aquel dia
el niño que á usted le había
robado villanamente?

MARIA. No.

JUAN. Luego fué un desvarío

MARIA. No lo comprendo, ay de mí!
Pero aquel niño que ví...

JUAN. Es de usted?
MARIA. Es mio, es mio!
JUAN. Siempre la misma ilusion!
(Al Doctor.) Es que el dolor le enagena.
Murió su hijo, y la pena
le hizo perder la razon.
MARIA. Qué dice?
JUAN. Ese frenesí
tendrá al fin límite.
MARIA. Pero...
JUAN. Y entónces seré el primero
en sacarla á usted de aquí.
(María permanece abismada en sí misma.)
SEPULV. Creo que usted se equivoca... (Ap. á D. Juan.)
JUAN. No tal.
MARIA. Muerto!
JUAN. Adios, María.
Vamos, doctor?
SEPULV. (Juraría
que esta mujer no está loca.)
(Entran en las habitaciones interiores.)

ESCENA X.

MARÍA.

Qué es lo que ha dicho? Dios santo!
Que nunca esta lucha acabe!...
Que yo estoy loca?—Quién sabe?...
He sufrido tanto!... Tanto!...
Loca! Sería terrible!
—Y sin embargo, si es cierto
que mi hijo...—Habiendo muerto,
viviría yo? Imposible.
El más duro sacrificio
no exigió mi suerte impía,
y con él me arrastró un dia
á las puertas del hospicio?
No le dejé abandonado?
Sí: lo tengo bien presente.
No volví al dia siguiente?
No se lo habían llevado?

Y ese hombre dice...—Me admira
tanta audacia!—que murió.
Mentira!—Afirma que yo
me he vuelto loca!—Mentira!
—Le apoyan, mal que me cuadre,
todos con rencor profundo.
Conjurarse todo el mundo
para engañar á una madre!
Y yo sola en esta lucha!
Sucumbir al fin me toca.
Loca, Dios mio! Yo loca!
—Luis! (Viéndole.)

ESCENA XI.

LUIS, MARÍA. Esta escena muy rápida.

LUIS. María!
MARIA. Escucha! Escucha!
Ahora sabré si es verdad...
LUIS. María, al fin te he encontrado.
MARIA. Habla, di... (Con ansiedad.)
LUIS. Pero en qué estado!
MARIA. Respóndeme por piedad.
Dicen que he perdido el juicio.
—Veremos...—Dónde te ví
la última vez?
LUIS. Dónde?
MARIA. Sí.
LUIS. En la puerta del hospicio.
MARIA. Eso es!
LUIS. Desde aquel dia
que yo no vivo tranquilo.
MARIA. Qué buscaba allí?
LUIS. Un asilo
para tu hijo, María.
MARIA. Eso es!... Y tú despues
al hallarme de tal suerte...
LUIS. Juré no volver á verte
sino con él.
MARIA. Eso es!
Luego todo lo que evoca

mi memoria es cierto, es cierto?
Luego mi hijo no ha muerto?
Luego no me he vuelto loca?
—Que en tí mi razon se apoye
ya que así el dolor la oprime.
Dónde está mi hijo? Dime...
Cómo vienes sin él?

LUIS. Oye.
Mi promesa, ni un momento
llegué á poner en olvido;
y el devolvértelo ha sido
mi único pensamiento.
Dios me ayudó. Y al instante
reuní una suma no escasa.

MARIA. Cómo?

LUIS. Trabajando en casa
de un amigo comerciante.

MARIA. Sigue, sigue por piedad.

LUIS. Comprenderás dónde fuí
al punto?

MARIA. Donde yo.—Allí.

LUIS. Pregunté con ansiedad
por él...

MARIA. Que te respondieron?
Habla.

LUIS. Y supe, mal mi grado,
que se lo había llevado
un hombre.

MARIA. Eso te dijeron?

LUIS. No fué mi sorpresa poca,
y en negras dudas me abismo...

MARIA. Lo mismo que á mí, lo mismo!

LUIS. Cómo?

MARIA. Y dicen que estoy loca!

LUIS. Pero, dí, quién envió
aquel hombre?

MARIA. No lo sé.

LUIS. Cómo!

MARIA. No.

LUIS. Luego no fué
de parte tuya?

MARIA. No! No!

LUIS. Gran Dios! Ni has averiguado
quién es? Ni sabes su nombre?
MARIA. No! No!
LUIS. Entónces aquel hombre...
MARIA. Nos lo ha robado.
LUIS. Robado!
MARIA. Sí; pero yo le encontré...
LUIS. De veras? Cuándo? Responde.
MARIA. Hace siete dias.
LUIS. Dónde?
MARIA. En casa de Lola.
LUIS. Y qué?
MARIA. Que tiene el alma de roca.
LUIS. Quién?
MARIA. Don Juan. Dijo el impío
que aquel niño no era mio...
Que me había vuelto loca!
LUIS. Qué infamia! Y por eso estás
detenida aquí?
MARIA. No obstante,
yo saldré.
LUIS. Cuándo?
MARIA. Al instante.
LUIS. Cómo?
MARIA. Pronto lo sabrás.
LUIS. Pero dí, esa amiga?
MARIA. Lola?
LUIS. Iré á buscarla exprofeso.
MARIA. Vive Plaza del Progreso,
número diez.

ESCENA XII.

DICHOS, el DOCTOR, D. JUAN.

JUAN. (No está sola.)
(Á D. Juan señalando á Luis.)
SEPULV. Es su marido. Me dijo
que quería verla...
MARIA. (Transicion completa.) Sí.
Los dos estamos aquí

hablando de nuestro hijo.
Nuestro afan consuelo halla
recordándole.—No es cierto?—(Á Luis.)
Por qué habrá muerto!

SEPULV. Qué?

JUAN. Muerto!

LUIS. Cómo?

MARIA. Calla! (Ap. y rápidamente á Luis.)

LUIS. Pero...

MARIA. (Id.) Calla!

JUAN. De modo que usted confiesa,
á su error poniendo tasa,
que aquel niño que vió en casa
de la señora condesa...

MARIA. Habla usted, segun arguyo
del hijo de Lola?

JUAN. (Es raro...)
Sí.

MARIA. Era suyo.

JUAN. Suyo?

MARIA. Claro!

JUAN. Confiesa usted que era suyo?

MARIA. Ya se ve que lo confieso.

JUAN. Sí? Luégo fué un desvarío
decir que era de usted?

MARIA. Mio!
Pero quién ha dicho eso?

JUAN. Usted!

MARIA. De veras?

JUAN. Juró
que se lo habian robado...

MARIA. Á mí?

JUAN. Esto ya es demasiado!
No lo recuerda usted?

MARIA. (Con fingida sencillez.) No.
Mi memoria en vano evoca...

JUAN. Lo dijo usted: sí á fé mia!

MARIA. Estaba loca.

LUIS. María!

MARIA. Sí, señor: estaba loca.

JUAN. No tal. (Irritado.)

SEPULV. (Observando á D. Juan.) (Ese desconcierto..)

MARIA. Murió mi hijo, y perdí
la razon.

LUIS. Tú?

(María le contiene con una mirada significativa.)

JUAN. Ahora sí
que está usted loca! No es cierto? (Al Doctor.)
Míre usted, Doctor, la huella
clara de su desvarío.
Se turba...

SEPULV. Usted, señor mio,
se turba quizá más que ella.

JUAN. Yo me turbo?

SEPULV. Sí, á fé mia!

JUAN. No, señor... de ningun modo. (Reponiéndose.)

SEPULV. (Ahora lo comprendo todo.)
Continúe usted, María.

MARIA. Ya que á la razon volví... (Á D. Juan.)
—Me lo prometió, y espero
que influya usted el primero
en que me saquen de aquí.

JUAN. Señora!...

MARIA. Y por qué no?

JUAN. (Malo!)
Eso durará muy poco. (Al Doctor.)
Sabe usted que siempre el loco
tiene un lúcido intervalo...
Y abandonarla á sí misma...

LUIS. Á sí misma?

JUAN. No es discreto.

LUIS. Pues no estoy aquí yo, y?...

MARIA. (Conteniendo á Luis.) Quieto!

LUIS. (Á que le rompo la crisma?)

JUAN. Yo su bien no más procuro,
y creo que usted no debe... (Al Doctor.)

SEPULV. Está bien.—María, en breve
saldrá usted de aquí: lo juro.

JUAN. (No ha de ser mi empeño en vano.)
Un negocio muy urgente
reclama inmediatamente...
Doctor!... (Saludando.)

SEPULV. (Con sequedad.) Beso á usted la mano.

JUAN. (Hay que evitar de algun modo

el peligro.) Hasta más ver... (Yéndose.)
LUIS. Deja... Le voy á romper...
MARIA. Quieto!
JUAN. (Al salir.) (El todo por el todo.)

ESCENA XIII.

LUIS, MARÍA, el DOCTOR.

LUIS. Has dicho que había muerto!
MARIA. Por lograr mi libertad.
Usted, doctor, mi ansiedad
ha comprendido, no es cierto?
SEPULV. Ah! Sí.
MARIA. Podré con mi esposo
salir al punto? (Rápido hasta el final.)
LUIS. Sí: ahora...
SEPULV. Todavía no, señora:
su enemigo es poderoso,
capaz de todo.
MARIA. Lo sé.
SEPULV. La espian.
MARIA. Lo sé, doctor...
SEPULV. Nada... un poco de valor!...
MARIA. Bien! Lo tendré, lo tendré.
Y tú, qué haces que no vas?... (Á Luis.)
Vé, corre, sálvale...
LUIS. Sí;
pero y tú?...
MARIA. Déjame á mí:
piensa en él, en él no más.
LUIS. Seré á mi promesa fiel.
SEPULV. Yo aquí por su bien procuro.
LUIS. Lo que es ahora te juro
que no me has de ver sin él. (Váse corriendo.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Habitacion de Lola en Chamberí. Una puerta en el fondo y una ventana practicable. Dos puertas á cada lado. Muebles más sencillos que los del acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN, fingiendo leer un periódico y mirando con inquietud á LOLA, que está escribiendo. FRANCISCO, de pie, en el centro y más hácia el fondo.

FRANC. ¡Pues sí, he quedado cesante
con fecha de ayer. Me dió
la fatal noticia el jefe,
es decir, el director.
No pudo ser más explícito.
«Francisco...—suprimió el don.—
Atendiendo á que la enferma
está ya mucho mejor
y á que usted le es antipático,
como ella manifestó,
he resuelto, he decidido
que se vaya usted con Dios.»
Y no me hicieron ni una
pequeña demostracion...
Cá! Si el que es bueno, merece,
no digo una albarda, dos!
Haga usted bien á su prójimo,

conceda usted un favor
para que despues, en cambio,
le den á usted una coz!
Nada, de aquí en adelante
seré una fiera, un Neron,
un Calígula, un Tiberio,
un Nabuco-donosor.)

LOLA. Francisco...

FRANC. Señora...

LOLA. (Dándole una carta.) Toma:
que lleven sin dilacion
esta carta á Madrid: esta (Dándole otra.)
la echas tú al correo.

FRANC. Voy.

JUAN. Á ver... (Ap. á Francisco, al salir éste.)
Esta sí.

FRANC. Y la otra?

JUAN. De la otra me encargo yo.
No ha venido nadie?

FRANC. Nadie.

JUAN. Venga quien venga, no estoy.

FRANC. Y el ama?

JUAN. Dí que se ha ido
á Pekin, al Ecuador,
al infierno!

FRANC. Bien. (Hum! Siempre
con embolismos y con...)

LOLA. Vas á eso? (Volviendo la cabeza.)

FRANC. Sí, señora.

JUAN. Te acordarás? (Ap. á Francisco.)

FRANC. Sí, señor. (Váse por el fondo.)

ESCENA II.

LOLA, D. JUAN.

JUAN. Tengo que reñirla á usted,
Lola.

LOLA. Á mí? Por qué razon?

JUAN. Le encargo á usted que no escriba,
que no se agite...

LOLA. Y bien? Yo...

JUAN. Usted, Lola, no hace caso
de mi recomendacion.

LOLA. Doctor!

JUAN. Está usted enferma.

LOLA. No lo crea usted, doctor.

JUAN. Esa palidez...

LOLA. Es que
yo no sé qué agitacion
turbó mi sueño esta noche.

JUAN. Á ver ese pulso... Oh!...
(Su mano abrasa...) Sin duda
una secreta emocion...

LOLA. No, no. Soy feliz; y á usted
(Retirando la mano.)
se lo debo.—Usted salvó
á mi hijo...

JUAN. Lola...

LOLA. Entónces
prometí ser suya.

JUAN. Y hoy...

LOLA. Mi mano le pertenece.
(Por qué mi corazon no?)

JUAN. Sin embargo, está usted triste.

LOLA. No lo negaré: lo estoy.
Dentro de algunos momentos
seré su esposa ante Dios;
y... yo no sé en qué consiste,
pero la aproximacion
de un suceso tan solemne,
me infunde cierto temor...
No sé qué presentimiento
despierta en mi corazon...

JUAN. Usted tiembla.

LOLA. Sí.

JUAN. (No me ama.
Y qué me importa su amor?
Lo que me conviene á mí
es entrar en posesion...)

LOLA. Supongo que habrá invitado
á poca gente?

JUAN. No soy
amigo de darme lustre

ni de llamar la atencion...
Nadie sabe si usted vive
en Chamberí ó en Moscou.
Aquí, pues, sin más testigos
que los que son de rigor,
se celebrará la boda
sin ruido ni ostentacion.
Y ya sabe usted... mañana
ántes de que salga el sol
nos marchamos á París,
donde se vive mejor.
Tanto usted como su hijo
tienen una complexion...
No les conviene este clima
á ninguno de los dos.

LOLA. Tiene usted ahí la lista
de los convidados?

JUAN. Voy
á dársela á usted.

LOLA. (Tomándola.) Veamos.
(No está Cárlos.) Bien, doctor.
Mil gracias por la molestia...

JUAN. Aprueba usted mi eleccion?

LOLA. Sí.

JUAN. Quiere usted que se añada
algun amigo?

LOLA. No, no.

JUAN. Algun pariente?

LOLA. Tampoco.

JUAN. (Finge olvidarlo...)

LOLA. (Valor!)
Hasta dentro de una hora.

JUAN. Hora feliz, en que...

LOLA. Adios.

ESCENA III.

D. JUAN.

Magnífico! Llegó el dia
que mi mente acarició
un año entero. Qué riesgo

puede infundirme temor?
María encerrada... ellos
ignorando este rincon,
este nido, en que yo escondo
al ídolo de su amor.
Ningun peligro hay ya. Nadie
podrá estorbar esta union,
de la que espero mi dicha
y mi fortuna y mi honor.
Sí, sí: dentro de una hora
seré millonario... Yo!
que humillado, perseguido,
oculté hasta el nombre, hoy
elevarme de repente
á tan alta posicion!

ESCENA IV.

D. JUAN, FRANCISCO.

FRANC. Doctor, el notario.
JUAN. Corro...
FRANC. Espérese usted, doctor:
tengo que darle al momento,
sin la menor dilacion,
una nueva palpitante,
inverosímil, atroz.
JUAN. Habla.
FRANC. Al volver del correo,
donde el ama me envió,
noté con profundo asombro
y con estupefaccion
que una mujer me seguía.
JUAN. Una mujer!...
FRANC. Sí, señor:
una mujer. Yo no quise
caer en la tentacion,
y apreté el paso; mas ella
tambien el paso apretó;
y ya empezaba á inquietarme
tan rara persecucion,
cuando, al entrar aquí, pude

reconocerla.—«Gran Dios!»
Exclamé, víctima, presa
del más profundo terror.
—Era la loca!

JUAN. La loca!

FRANC. Sí.

JUAN. María?

FRANC. Cabal.

JUAN. Oh!

FRANC. Y en parte me sirvió de una
inmensa satisfaccion.

JUAN. Te quieres callar, imbécil?

FRANC. Mil gracias por el favor.
(Imbécil!)

JUAN. (Abstraido.) No lo comprendo...

FRANC. Aunque eso es una alusion
personal, personalísima,
no importa: yo no me doy
por aludido.

JUAN. Ella libre!...
(Qué contratiempo!)

FRANC. Sanó,
gracias á mí, á aquel sistema
de mi exclusiva invencion.
Por eso dije yo ántes...

JUAN. Qué?

FRANC. Que en parte me sirvió
de una inmensa...

JUAN. (Si vé á Lola
y desbarata esta union...)

FRANC. (Qué agitado está!)

JUAN. Francisco,
espía á esa mujer.

FRANC. Yo?

JUAN. Que no entre aquí: que tu ama
no la vea.

FRANC. Pues si son
amigas, y...

JUAN. Si no cumples
mis órdenes, voto á brios!...
tiembla. (El notario me espera...)
Lo dicho, tiembla.

FRANC. Señor!... (Váse D. Juan.)

ESCENA V.

FRANSISCO.

Amenazas á mí! Al hijo
de don Nicasio Armengol,
albéitar de Ciem-pozuelos,
que, segun dicen, herró
con un acierto pasmoso;
como que era un herrador
que se dió á herrar desde que
tuvo uso de razon.
—No puedo tragar á ese hombre;
nada, se me atravesó.
Siempre con tapujos, siempre...
Oh! debe ser un bribon!...
Con el frívolo pretexto
de que hace en Madrid calor,
hizo que nos trasladásemos
á Chamberí, pero yo,
por no verle á él, sería
capaz de irme al Mogol.
Dicen que nos lleva á Francia...
Lléveme el diablo, si no
presenta este viaje todas
las trazas de una evasion.
Se oculta... intercepta cartas,
y en fin... esto es lo peor!
Se casa con la señora!
Y que no hay remedio, hoy!
Vamos, pues, á dictar órdenes
para arreglar el salon... (Váse por el fondo.)

ESCENA VI.

Balcon

PASCUAL, que aparece por la ventana.

Pues señor, aguí me cuelo.
Cuidado! Si se me escurre
un pie, es fácil que me rompa

la crisma ó que me desnuque,
(Cabalgando ya sobre ella.)
Ajá!... Si yo para esto
de trepar... soy un estuche.
Más ágil soy que Frank-Pástor
y más valiente que Cúchares;
como que he nacido en Móstoles
y he sido sargento de húsares.
(Mirando por el fondo.)
Á ver. Que digan ahora
que el doctor se marchó á Túnez.
Yo cazo largo, muy largo,
y no hago caso de embustes.
(Mirando por otra puerta.)
—Preparativos de viaje!...
Parece como que huye...
Bien! Yo tengo ya entre manos
otro negocio más útil...
Bueno es estar á dos cartas
por si es bien que me columpie...
Hoy ya no hay tontos. Estamos
en el siglo de las luces.

ESCENA VII.

PASCUAL, MARÍA.

MARÍA. Nadie me ha visto entrar... Nadie!
Ah! (Viendo á Pascual.)
PASC. Usted aquí! No se asuste:
que porque yo haya venido
no han de faltarle á usted dulces.
MARÍA. (No sé qué hacer.)
PASC. Qué feliz
casualidad nos reune?
La han convidado á la boda?
Permita usted que lo dude...
MARÍA. (Yo tiemblo...)
PASC. Este encuentro ha sido
una especie de retruque...
usted es de mi opinion
por lo visto: se introduce

sin permiso del portero.
Yo no tengo la costumbre
de anunciarme; eso sería
querer echarla de duque...
Entré aquí modestamente,
como un gato que se escurre...
Conque diga usted...

MARIA. (Yo tiemblo!)

PASC. Hable usted, y no se turbe...

MARIA. Don Pascual!

PASC. Yo estoy en autos,
y repito que es inútil...
Acaso en mí encuentre un socio,
un amigo que la ayude...

MARIA. En usted?

PASC. Por qué no?

MARIA. Pero...

PASC. No extraño que usted me juzgue
con prevencion: como siempre
he vivido entre tahures...
Pero ya no pertenezco
al gremio de los gandules.
Voy á ser capitalista,
y es fuerza que en algo ocupe
mi dinero, que le dé
un giro... en fin, que especule.
Y como siempre fuí hombre
de inclinaciones muy dulces,
me voy á hacer confitero
ó comerciante en azúcares.

MARIA. (Dios mio! Dónde estará?
La impaciencia me consume.)

PASC. Noto que está usted inquieta.
Teme usted que don Juan frustre
sus intenciones? Usted
viene á caza de... En resúmen,
usted viene por el chico.

MARIA. Por Dios!...

PASC. Calma! Usted se aturde
por muy poco: es necesario
que haga lo que yo, que luche...
Si usted á mí no me estorba!

Mientras el cura los une,
usted se lleva el muchacho,
yo recibo el... pues! Y *tutti*
contenti... (Así se concilian
intereses no comunes,
y ni falto á la amistad
ni al pacto. Tengo un cacúmen,
un pesquis!... Es tontería:
lo que á mí no se me ocurre...)

MARIA. Sí; pero el doctor...

PASC. No hay duda:
don Juan es un buen apunte;
mas yo no le voy en zaga,
y juro por el dios Júpiter
que si trata de pegárnosla
sabrá quién es Pascual Nuñez.
Y á mí me tiene escamado:
parece como que elude
el compromiso; y si es cierto,
le voy á arrimar un tute!..

MARIA. Ya que usted lo ha adivinado
es en vano que lo oculte.
Vengo por mi hijo.

PASC. Bien!
Es justo que usted procure...

MARIA. Vengo á robarle...—Ah! (Mirando inquieta.)

PASC. Calma!

MARIA. Si hay álguien que nos escuche...

PASC. No hay miedo: aquí estamos solos
y nadie nos interrumpe.
La novia estará esforzándose
en parecer un querube,
el novio haciendo balances
y registrando volúmenes,
y el mayordomo entre tanto
preparando los baules;
porque dicen que se marchan,
y nada ménos que á Túnez.
Buen tuno es el tal doctor;
pero, como estas son cruces,
que si me hace una trastada
le doy una pesadumbre.

MARÍA. El tiempo vuela; y yo quiero...
PASC. Usted hará lo que guste.
Yo ya he explorado el terreno;
mi presencia aquí no urge
y puedo llegarme á casa...
La calle del Conde-Duque
no está léjos, y en un vuelo...
Mientras aquí se reunen
los convidados... Conviene
que me dé un poco de lustre,
que me ponga otra corbata
y que me arregle los bucles...
En fin, que aparezca digno
de sociedad tan ilustre.
Conque abur, señora...
(Se dirige por la puerta del fondo y apenas sale, retrocede.) Diablo!
MARÍA. Qué es eso?
PASC. La gente acude...
Bajaré por la ventana...
Qué hacer! Por donde uno sube
es necesario que baje. (Encaramándose.)
Caramba! esto está en las nubes!
Por si me rompo la crisma,
rece usted mi oracion fúnebre.
(Desciende por la ventana.)

ESCENA VIII.

MARÍA, asomándose á las puertas.

Siento una ansiedad cruel!...
Pero... dónde estará?...—Nada. .
Aquí tampoco...—Cerrada!...
—Una cuna!... Es él! Sí, es él!
(Entra en un cuarto.)

ESCENA IX.

D. JUAN, luégo MARÍA.

JUAN. Firmó... Sí... De mi contento
justo es que al fin haga alarde.

La boda esta misma tarde
para partir al momento...
(Como si hubiese sentido algun ruido mira hácia la habitacion donde entró María.)
Quién está ahí?...—Ella! Oh!
(Queda un momento como paralizado por la ira. Breve pausa: despues entra por donde desapareció María.)
Ella aquí...—Desventurada! (Ya dentro.)

MARIA. Ah!
JUAN. Qué buscas aquí? (Saliendo con ella.)
MARIA. Nada.
JUAN. Vete.
MARIA. Déjeme usted...
JUAN. No.
Vete y mi furor no irrites.
MARIA. No me mire usted así.
Me da miedo...
JUAN. Sal de aquí!
MARIA. Oh! Déjeme usted...
(Pugnando por entrar otra vez donde está su hijo, D. Juan se opone.)
JUAN. No grites.
Qué quieres?
MARIA. Volverle á ver.
JUAN. Y nada más?
MARIA. Nada más.
JUAN. Pero luégo partirás?
MARIA. Con él.
JUAN. Está en mi poder.
MARIA. Es mi hijo.
JUAN. Á tu porfia
renuncia, mal que te cuadre.
MARIA. Pero...
JUAN. (Bajando la voz.) Aunque fueras su madre
no te lo devolvería.
MARIA. Ah!
JUAN. Que es todo en vano advierte.
—Haz en que en tí la razon obre.
(Con más dulzura.)
Renuncia á él: tú eres pobre
y yo puedo enriquecerte.

MARIA. Qué dice?
JUAN. Medita un poco
y transigirás de fijo.
MARIA. Que yo le venda mi hijo!...
Este hombre se ha vuelto loco!
JUAN. Oye...
MARIA. Necio desvarío!
Nunca!
JUAN. María!
MARIA. No quiero
ocultar la verdad.
JUAN. Pero...
MARIA. No es por ventura mi hijo? mio?
(Hablando más alto.)
Sepa usted... á qué engañarle?
que no vine solo á verle.
He venido ha recogerle...
JUAN. Tú!
MARIA. Sí: he venido á robarle.
JUAN. Silencio!
MARIA. Inútil furor!
JUAN. Pero insensata, no ves
que lo que tú quieres es
mi ruina, mi deshonor?
Nada te convence?
MARIA. Nada.
Estoy decidida á todo.
JUAN. Me provocas de ese modo
y no tiemblas, desgraciada?
Sal... Renuncia...
MARIA. Ántes morir!
JUAN. (Avanzando hácia ella con aire amenazador.)
Nadie te vió entrar, María:
si insistes en tu porfía
nadie te verá salir.
MARIA. Asesinarme!...
JUAN. Te hallas
en mi poder, y...
MARIA. (Queriendo huir de él.) Qué horror!
Favor! (Gritando al ver que la persigue D. Juan.
JUAN. Oh, calla!
MARIA. Favor!

JUAN. Ira de Dios! Si no callas...
(D. Juan logra asirla, poniéndole un pañuelo en la boca para que no grite. Á este tiempo aparece D. Cárlos y Luis, que se adelantan rápidamente hácia donde está D. Juan: éste suelta inmediatamente á Maria.)

ESCENA X.

D. JUAN, MARÍA, D. CÁRLOS, LUIS.

LUIS y CAR. Miserable!
MARIA. Ah!
(Corriendo á los brazos de Luis.)
LUIS. No te asombre.
JUAN. (Gran Dios!)
LUIS. No: Dios nos envía
para salvarte, Maria,
y confundir á ese hombre.
JUAN. Á mí? (Con forzada sonrisa.)
LUIS. Pasma esa insolencia!
CARLOS. Á usted, don Juan Maldonado,
á quien encontré humillado
y suplicante en Florencia.
Á usted, sí, que en tierra extraña
se arrastró como un mendigo,
porque el temor de un castigo
le arrojó fuera de España.
Á usted, supuesto doctor,
reo de estafas y engaños,
perseguido hace ocho años
como falsificador.
JUAN. Pruebas! Pruebas!
CARLOS. Ya vendrán.
JUAN. (Aún podré dar mi descarte.)
LUIS. Esta es la primera parte:
ahora entro yo, don Juan.
JUAN. Cómo?
LUIS. Sí: usted aunque expresa
ser doctor y por tal pasa,
mató en su ignorancia crasa

al hijo de la condesa.
Le hacía falta un muchacho
que llenara ese vacío,
y echó usted mano del mio
sin el más mínimo empacho.

JUAN. Mentira!

LUIS. (Queriendo lanzarse á él.)
Ah!... No me admira (Conteniéndose.)
que usted niegue de ese modo.

JUAN. Mentira! Mentira todo!

MARIA. Pues no dice que es mentira!

JUAN. La prueba!

CARLOS. Tengo una sola;
pero clara... aquí se esconde.
(Sacando una cartera y de ella un papel.)
Averigüé el pueblo donde
estuvo el hijo de Lola.
Partí, llegué, y con sorpresa
aclaré el misterio, sí.
Ese niño que está ahí
no es hijo de la condesa.

ESCENA XI.

DICHOS, LOLA, que permanece retirada escuchando.

LOLA. (Cómo!...)

JUAN. La prueba!

CARLOS. Aquí está.
«Partida de defuncion
(Leyendo el papel que sacó de la cartera.)
de don Victor Calderon.»

LOLA. Mi hijo! mi hijo!... (Desmayándose.)

MAR. y CAR. (Corriendo á sostenerla.) Ah!

JUAN. (Frustró mis planes mejores!...
Debo ya huir de esta casa.)
(Intentando dirigirse por la puerta del fondo.)

LUIS. No, por aquí no se pasa.

JUAN. Ah!...
(Dirigiéndose por la primera puerta de la derecha, á tiempo que aparece por ella Pascual, de modo que le impida materialmente el tránsito.)

ESCENA XII.

DICHOS, PASCUAL.

PASC. Buenas tardes, señores!
JUAN. (Él!)
PASC. (Tendiéndole la mano como para recibir algo.)
Los mil, si á usted le agrada.
JUAN. Aparta!
PASC. No le acomoda?
(Dirigiendo una mirada significativa hácia el grupo donde están Lola, Cárlos y María.)
Ah! ya! Comprendo... No hay boda?
Entónces no he dicho nada.
No espere usted que reclame...
Sé que ha hecho quiebra, y olvido,
renuncio ya...
JUAN. Me has vendido!
PASC. Yo le diré á usted...
JUAN. Infame!
PASC. (Señalando á Cárlos.)
Por hacer bien, hubo quien
daba doble. Yo odio el mal;
y, como es muy natural,
he optado por hacer bien.
Conque dije la verdad.
JUAN. (Ah! Por aquí...) (Intentando marcharse.)
LUIS (Conociendo su intencion.) Yo le sigo.
PASC. Quita!
(Deteniendo á Luis: luégo se dirige á D. Juan.)
Generoso amigo,
salud y fraternidad!
JUAN. (Libre!) (Al tiempo de salir.)
LUIS. Y tras hechos tan viles
le dejas de esa manera?...
PASC. No hay miedo: abajo le espera
una escolta de civiles.
LOLA. Ah! (Volviendo en sí.)
CÁRLOS. Por fin...
LOLA. Esto es horrible!
Muerto!

CARLOS. (Cruel fué la herida!)
MARIA. Te hubiera dado mi vida;
pero mi hijo, imposible!
LOLA. No me lo quites!...
MARIA. Los dos,
para aliviar tu quebranto,
viviremos aquí, en tanto
que te concede otro Dios.
Luis es bueno y generoso
y no se opondrá.
LUIS. María!
Tu voluntad es la mia.
LOLA. Conque el señor es?...
MARIA. Mi esposo.
LUIS. No tengo más sentimiento
que el no haberle roto el alma
al supuesto doctor.
PASC. Calma!
LUIS. Y Adolfo? (Á María.)
MARIA. (Señalando á la izquierda.) En ese aposento.
Mi corazon sin cesar
me lanzaba en direccion
de mi hijo: el corazon
no me podía engañar.
Él vuelve á ser mi consuelo;
quién más ventura desea?
—Bendita, bendita sea
la Providencia del cielo!

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 28 *de Octubre de* 1862.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Las dos madres. (Segunda edicion.)
Mi suegro y mi mujer.
Olimpia.
Á público agravio pública venganza.
Los maridos. (Cuarta edicion.)
À un pícaro otro mayor.
El alma en un hilo.
Un marido cogido por los cabellos.
Sistema homeopático. (Tercera edicion.)
La chispa eléctrica.
Trece á la mesa.
¡Mate usted á mi marido!
La campana de la ermita.
Diez minutos de reinado.
Retrato y original.
Un rival del otro mundo.
Entre mi mujer y el primo.
Los guardias del rey de Siam.
Al son de los puritanos.
Un beso y un bofeton.
Heráclito y Demócrito.
La bolsa ó la vida.
La isla de las monas.
Los dedos huéspedes.
Susana.
La venda de Cupido.
Cosas de mi tio.
¿Estamos en Leganés?
Amor de padre.
Las dos viudas.
Un hombre que ha quemado á una mujer.
Don Galopin se queda en casa.
Mefistófeles.
La Favorita.
El cuarto mandamiento.
Con la música á otra parte.
Mi mujer y el primo.
Huyendo de Paris.
El para-rayos.
Un leon con calentura.
Por un cigarro.
Demonio y ángel.
Un novio cogido por los cabellos.
La fortuna en las narices.

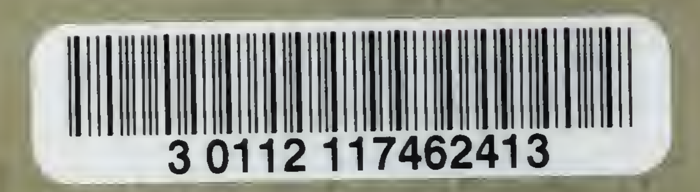
EN COLABORACION.

Crisis matrimonial.
Los amigos íntimos.
Barba azul. (Segunda edicion.)
El elixir de amor.
Si yo fuera rey.
Zampa.
Los falsos monederos.
Harry el diablo.
Flor de te.
Un casamiento republicano.
La bella Elena.
Los dragones.
El jóven Cupido.
La redencion del pasado.
Despues del diluvio.
La Copa de plata.
Un viaje de mil demonios.
Las cien doncellas.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE MAYO DE 1876.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
El doctor Escamilla..................	1	D. J. Moreno Liaño....	Todo.
Nadie es profeta en su tierra..........	2	J. Moreno Liaño....	»

NOTA.—Han dejado de pertenecer á esta Galería las obras de D. Luis Blanc, tituladas: ***El proscripto*, *La pena capital*, *Bernardo el Calesero*, *El sorteo*, *La verdadera Carmañola*, *Los amigos de los pobres*, *Los aventureros*** y ***Romper Cadenas*.**



PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de los Sres. *Hijos de Fé*, Jacometrezo, número **44**, y de *Duran*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.